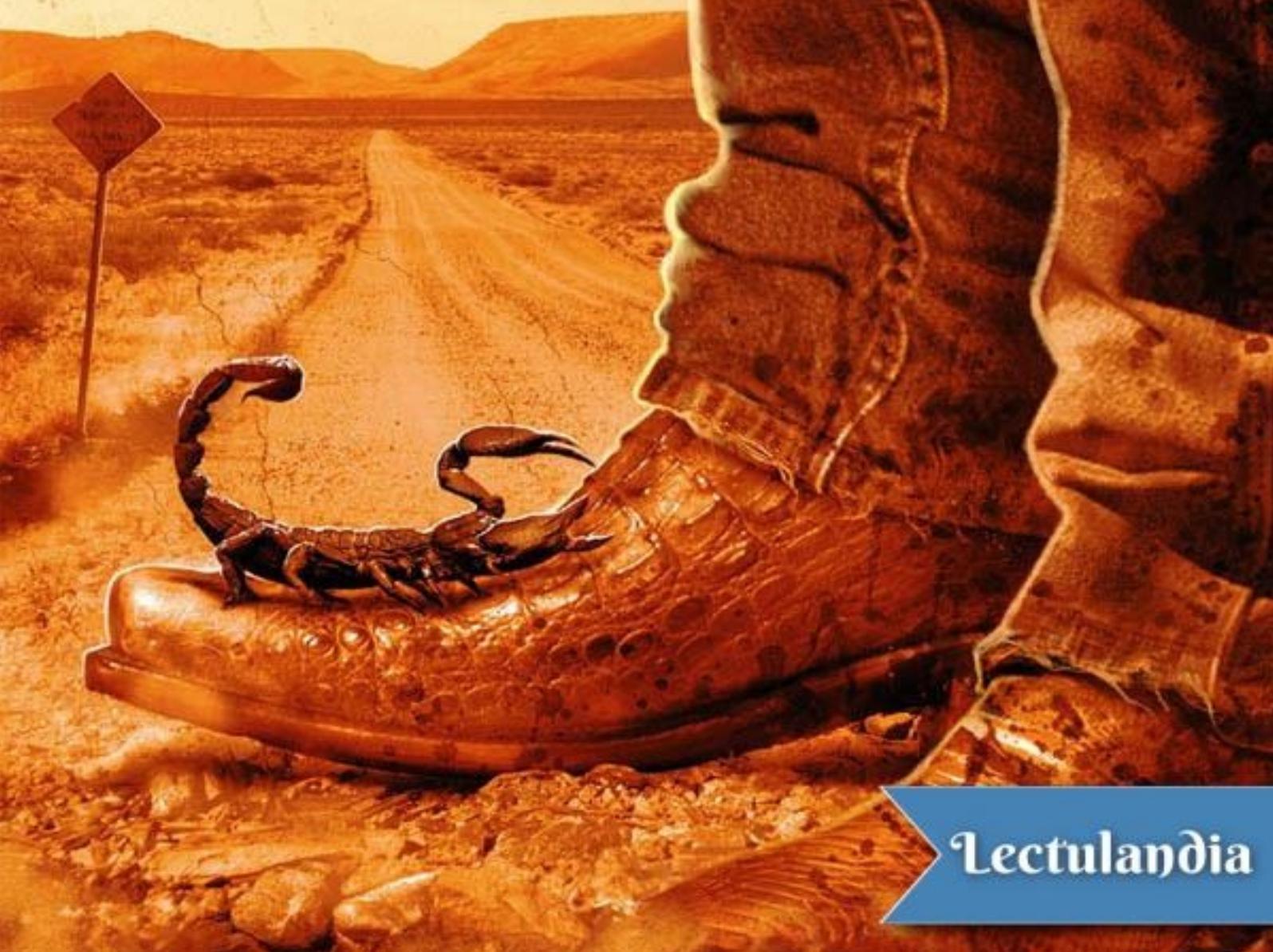


BERNARDO FERNANDEZ

**TIEMPO
DE
ALACRANES**



Lectulandia

Alberto Ramírez, sicario mexicano al servicio del narcotráfico, es comisionado por un capo para eliminar a un soplón protegido por un programa de testigos. Apodado *el Güero* por ser tan despiadado como los alacranes de ese color, el matón enfrenta una crisis existencial: sabe que está envejeciendo y que el retiro se aproxima, así que acepta el encargo sólo para rematar una larga trayectoria criminal. En el último instante, tras ubicar a su víctima en un pueblo polvoriento de la frontera, cambia de opinión repentinamente: esto lo lleva a ser rehén de un trío de asaltabancos.

A partir de ese momento se desencadenan una serie de eventos que sorpresivamente se entretajan, llevando al lector de las carreteras de la frontera de Coahuila a un *ghetto* para inmigrantes de Toronto, de los deshuesaderos de autos en las afueras de Monterrey a un prostíbulo en Ciudad Lerdo, donde los destinos de los extravagantes personajes que desfilan por estas páginas se cruzan en un clímax con fuerte olor a pólvora.

Esta novela obtuvo el premio Nacional de Novela de México «Una vuelta de tuerca» 2005, y el «Memorial Silverio Cañada» del año 2006 concedido a la mejor primera novela negra de la Semana Negra de Gijón.

Lectulandia

Bernardo Fernández

Tiempo de alacranes

ePub r1.3

Titivillus 18.01.15

Título original: *Tiempo de alacranes*
Bernardo Fernández, 2005
Diseño de cubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Francisco Gabriel Tort Fernández

(1973-1994)

Cómo te extrañamos, hermanito...

Tenéis suerte, la vergüenza no alcanza a los muertos.

MAIAKOVSKI

PRIMERA CAÍDA

Éste mensaje se autodestruirá en treinta segundos

Al frente, la carretera serpenteaba un poco para recuperar de inmediato su forma de reptil perezoso. Comenzaba a amanecer, lo cual era un regalo después de manejar más de quince horas desde el otro lado del país.

Apenas unas horas antes me echaba unas cheves en el Caracol, un barecito de chóferes en el centro de Monterrey, de esos donde caen los trailereros a impresionar a sus hermanitos menores de los taxis y las peseras con sus historias de la carretera.

Me tomaba un descanso. No había trabajado hacía mucho. Ni quería.

Había hecho cosillas. Guarura de un empresario en Morelia, sacaborrachos de un téibol de Reynosa. Puras pendejadas.

Me estaba haciendo viejo; en este trabajo no hay lugar para los rucos.

Tenía un par de días en la pensión de la Jefa, a dos cuadras de la Macroplaza, ahí donde los riquillos todavía no han podido sustituir la verdadera cara de la ciudad por el rostro de gringa pintarrajeada que le quieren imponer.

—¿Onde vas, Güero cabrón? —me dijo ella apenas me vio entrar.

—Ya ve, Jefita, de un lao a otro.

Venía de Lerdo. Mi tierra. Unos compadres galleros me habían pedido que los acompañara a la feria de San Marcos. A él nomás. «Por si acaso, mi Güero, por las puras moscas», me dijo el Checo.

Por si acaso.

Lo conocía desde chamacos. Habíamos crecido juntos. Estaba casado con la Lola. Nomás así se puso en paz. Si no, ya estuviera muerto.

Se habían metido en lo de los gallos desde recién casados. A veces ganaban mucho dinero. A veces perdían todo. La última vez se habían hecho de una casa de citas, en el mero centro de Lerdo.

«Nomás no le metas mano a la mercancía, fregao Checo», le decía la Lola. El cabrón se reía. A eso se había quedado Lola, a cuidar el negocio.

Con mi compadre nunca sesabe. Menos cuando anda cuete. Por eso, por sus pendejadas, salimos huyendo de Aguascalientes.

Se puso a pistear con unos narquillos. Comenzaron a jugar albures.

—Ya, compadre, no estés jugando con fuego —le dije.

—Ésta mano la gano, compadre, vas a ver —me dijo ya a medios chiles.

—Pinche compadre, ya perdiste la troca.

—En ésta me recupero, Güero, nostés chingando.

Ya me hacía yo regresando de aventón a Lerdo. Iba la casa de citas del Checo contra la vieja del narquillo.

—No me chingues, compadre.

—Oh, usté cállese y mire.

Le fue al ocho. El narquillo al as. Y que gana Checo.

Fue cuando se nos vinieron encima todos.

Rezongando, tuve que sacar el fierro.

Me habré echado a dos infelices. Eran ellos o nosotros. Nomás así se abrió la raza en la cantina. Nomás así pudimos escapar.

—Pinche Güero, te debo una... —balbuceó el Checo en la troca cuando por fin se le bajaron las veinte cheves y el litro de tequila, ya pasando Sombrerete.

—Me debes varias, móndrigo.

Cuando Lola abrió la puerta, en Lerdo, me puso una cara como si el que viniera cuete fuera yo. Del puro coraje solté el bulto del Checo, que azotó en el piso como un marrano muerto.

—Ai te lo dejo, comadre —dije, mientras prendía un Príncipe—, ora sí se pasó de idiota.

Hay gente como el Checo, no importa qué hagan, siempre la libran, siempre hay alguien para salvarles el pellejo. Siempre los espera su mujer en la casa.

Y hay cabrones como yo.

Con lo que me pagó mi compadre me fui a Monterrey. Quería pasarme unos días de incógnito en la Sultana en lo que se enfriaban mis muertos. De paso, me refinaba una espaldilla.

Pero ni el chingado Rey del Cabrito pude pisar antes de que entrara al Caracol un morrillo chamagoso, de a tiro chundo. Luego se le veía lo vicioso. Cada vez había más como éste en las ciudades grandes. También en las chicas.

Sin dudarlo, llegó hasta mi mesa y se sentó. Así, sin pedir permiso, con ojos de locazo frenético.

—Má. Pos ora... —le dije. Podía partirle el cuello con una mano.

—Güero, tianda buscando el jefe.

—Yo no tengo chamba, cuantimenos patrón —dije, antes de empinar me el último trago de la Tecate.

—No tihagas pendejo, Güero. Tianda buscando el Señor.

El Señor. Eso era distinto.

Al ver mi cambio de expresión, sonrió, mostrando unas encías encarnadas llenas de dientes podridos. Luego me tendió un celular.

—¿Güero? —Chasqueó la palabra al otro lado de la línea.

No había duda. Era él.

—A la orden, Señor.

—¿Onde andaba, Güero cabrón?

—En mi tierra, patrón, visitando la tumba de mi jefecita. Ora ando en Monterrey.

—Ah, qué mi Güero, tan buen güerquillo. Por eso lo quiero, desgraciao.

—¿Y usted, Señor?

—Ya ve, sigo en Topochico, pero cualquier día me chispan estos cabrones. Lo bueno que alcancé a sacar a la familia del país.

—Lo bueno.

—Oiga, mijo, precisamente tengo un jale entre manos, desos que nomás usted sabe

hacer bien...

Sentí un cosquilleo en mis dedos.

—... y es que precisamente el móndrigo por el que estoy aquí anda metido en un programa de testigos protegidos. Cada quentra un procurador nuevo, se las dan de muy honrados, luego le quieren copiar a los pinches gringos. Pendejos, allá son más corruptos que acá.

—Sí, Señor.

—¿Cómo ve, mi Güero?, ¿se lo echa?

Titubeé.

—Ando retirándome, patrón. ¿Porqué no le llama a Tamés y al gordo?

—Nadie me trabaja como usted, Güero.

Tuve miedo. Con estos sujetos no se rechaza un jale fácilmente. Tragué saliva y dije:

—Conoce mis condiciones, Señor.

—Ya sé, ya sé. Su anticipo lo trae el Eusebio, mijo, el morro que le dio el teléfono. También viene una foto y los datos.

El chavo me entregó todo en un sobre.

—Es más de lo que cobro, Señor —dije, tras palparlo rápidamente—; mucho más.

—Éste se lo pago triple, mi Güero. Digamos que su jubilación.

Suspiré, aliviado.

—Gracias, patrón.

Un silencio en la línea, tras lo cual el Señor dijo:

—Lo voy a extrañar, pinche Güero. Y ahora sálgase de ahí, antes de que el mensaje se autodestruya en treinta segundos. Quédese el celular, mi número es el primero de la memoria.

—¿El mensaje se qué...?

Ya había colgado cuando el güerquillo sacó una pistola. Primero pensé que era una trampa. Un ajuste de cuentas. «Pinche Güero pendejo, ya te madrugaron, por andar comiendo camote», pensé, pero cuando vi que se llevó la pistola a la cabeza sin dejar de reírse como idiota, con los dientes podridos y la mirada inyectada de sangre, entendí lo de que el mensaje se autodestruiría en treinta segundos.

Mientras salía, alcancé a oír gritar a las ficheras. Luego el balazo. «Con todo respeto, Señor, qué pinche sentido del humor», murmuré en voz alta mientras me perdía por las calles, en sentido contrario de la raza que se amontonaba a las puertas del bar para ver al nuevo muerto de la ciudad.

Si te matan por ahí

Cuando llegué a mi cuarto, rasgué el sobre. Sólo tenía tres cosas: el dinero, la foto de un gordo pecoso con ojos de conejo triste y una tarjeta de cartón con dos palabras: «Ciudad Portillo».

Tras observar la imagen durante treinta segundos, encendí un Príncipe. Con el mismo cerillo quemé todo en el lavabo. Todo, menos la feria.

Al día siguiente, tras desayunarme un plato del legendario machacado con huevo de la Jefa, dejé el cuarto de la pensión.

—¿En qué andas ora, Güero cabrón? —me dijo mientras salía, taladrándome la espalda con sus ojos verdes.

Volteé a encararla. Algo de todas las madres del mundo había en esa cara sonrojada, en ese cabello pelirrojo amarrado en una trenza.

—Es la última, Jefita. Se lo prometo.

—Nomás te digo una cosa, desgraciao —y me señaló con el índice; sólo a ella se lo tolero—: Si te matan por ahí, ni se te ocurra aparecerte por esta casa.

Nos reímos los dos. Luego salí.

Habla Checo

¿El Güero? Nombre, amista, ese móndrigo es una chucha cuerera bien mascada. Es más, pa que vea, al desgraciao no le dicen Güero por ser blanco, de pelos delote. Nombre, al fregao Güero le dicen así desde chamaco por los alacranes güeros de nuestra tierra. De güerquillos jugábamos con esos animales, los molestábamos con una varita, les prendíamos lumbre, los metíamos en frascos o botellas, pero al único que no le picaban era a mi compagre, yo crioque sabían que se podían envenenar. No, si el cabrón se ha echado varios al platito, no tiene uno bueno el carajo. Mire, amista, pa que sihaga una idea de quién es el Güero, cuando era niño, su jefecita, que en paz descansa, tenía como cinco o seis morritos. Mi compagre era el mayorcillo. Pos resulta que su papá del Güero se había ido a la pizca del tomate o del pepino o sepa Dios de qué madre del otro lado, sabrá si andaba en Texas o Califas, el caso es que la jefecita, la Azul le decíamos a ella por los ojos dése color, llevaba ya tres o cuatro años sin saber de su marido, ¿sí?, pos que se junta a la racita y que se lanza al norti, a buscar a su viejo. ¿Papeles? Pos claro que no, amista, qué iban a tener papeles si con trabajos tenían pa comer frijoles los desgraciaos, yo los conocí bien, si vivían nomás cruzando la calle de nosotros, siempre bien jodidos, pero lo que sea de cada quien, siempre bien alegres, todo el tiempo cantando y bailando. El caso es que llegó la doña con todos los güerquillos hasta Piedras Negras pa cruzar a Iglepás, ¿sí?, la señora con el friego de escuincles, nomás buscando el rastro de aquél, preguntando aquí y allá hasta que en una cantina le dieron referencia de su marido, que lo habían visto en Del Río, sacando borrachos de una cantina y lavando platos, porque también era grandote el fregao aquél, pos de dónde creque lo sacó el Güero, hasta que alguien se ofreció a ayudarlos a pasar la frontera, nombre, no era como ahora el desmadre pa cruzar con tanto terrorista árabe y tanto chino y tanto cholo y tanto mará salvatrucha, en aquellos años a nadie le importaba el puente de Piedras Negras, y como eran güerillos todos, de ojillo claro, pos nomás se trepaban a un carro con placas gringas y si el oficial de la garita no les veía la garra de ropas y los mocos secos pegados en las caras pos ni les preguntaban nada, el problema era dar con el coche gringo que quisiera trepar a tanto animal. El caso es quela Azul dio con un gabacho o gabacha que se ofreció a cruzarlos, paresto ya llevaban varias semanas viviendo en una pensión de Piedras Negras, que pa entonces ya no era un paso de tren pero tampoco una ciudad grande, pos el casoque llegó la Azul con el gringo o gringa del coche y juntó a sus chamacos para cruzar el puente y qué cree, amista, quel fregao Güero se había desaparecido, de cinco, seis años, el móndrigo güerco se les había pelao, el cabrón. ¿Y el Güero, y el Güero?, preguntaba la doña, no, posque nostá, ¿cómo que nostá? ¿Y ora? Pos ái quenos alcance, dijo la Azul, trepó a sus otros cuatro o cinco escuincles y cruzaron la frontera. De Iglepás agarraron una troca que les dio un ráite en la caja y allá va la racita, y pos güeros los cabrones, ni quién dijera nada, total que a los dos días estaban con el papá en Del Río, un pueblo aún más ojete que Iglepás, pero ojete gringo, y

¿estaba la familia, festeje y festeje que estaban juntos de nuevo cuando pregunta el papá ¿y el Güero?, no, pos que se quedó, pero al rato nos alcanza, y dice el papá cómo crees, vieja, y dice la mamá oh, usted tranquilo y no me lo va a creer, amiga, al tercer día que llega el condenado Güero, trepado en un camión de naranjas como si nada, ¿ya vio?, le decía la Azul a su marido, si el Güero es cabrón. Por eso, salud por mi compadre, que sabrá Diosito santo onde anda el cabrón, pero mientras no sea cepillándose a mi vieja, todostá bien, porque el desgraciao me ha salvado la vida como tres o cuatro veces. Nomás por eso hasta que se vulcanizara a la Lola le perdonaba al cabrón, pero de cómo me ha salvao el pellejo, ésa se la cuento en otra ocasión, amiga... Salud.

Tamés y el gordo (1)

La señora Fernández, veintisiete años, dos hijos, casada con un ingeniero industrial egresado con honores de la facultad de Ingeniería e hija de un agrónomo perteneciente a la penúltima generación militarizada de la Escuela Nacional de Agricultura, hoy Universidad Autónoma de Chapingo, no pudo evitar sentirse inquieta al ver por el espejo retrovisor la misma camioneta roja que la había estado siguiendo todo el día.

Nadie más circulaba por la carretera que va de Torreón al rancho de Santa Martha, primer productor nacional de melón, previamente perteneciente a la familia de la señora Fernández hasta que, al morir su madre cuando ella tenía quince años, su padre lo abandonara en manos de un estafador.

Ahora, la joven mujer estaba de vuelta en su tierra tras quince años, investigando las posibilidades de recuperar las tierras trabajadas por su abuelo y su padre durante cinco décadas, pero de lo que su marido, rata de alcantarilla, florecita de camellón, no deseaba saber nada.

Indagando en el registro catastral y los archivos del Banco Rural, la señora descubrió que su padre jamás había cedido los derechos legítimos de Santa Martha al ingeniero Trejo, buitre oportunista que no había dudado en aprovechar la depresión del ingeniero Monjaraz (ése era el apellido de soltera de la señora Fernández) para hacerle firmar un convenio de explotación con opción a compra más chueco que un billete de tres pesos.

Tras encarar a Trejo en El Principal, donde el ingeniero se almorzaba un cabrito con tortillas de harina y cervezas Carta Blanca, la señora Fernández había recibido una ridícula oferta de compra, inferior al diez por ciento de su valor real, basada en una supuesta reducción del nivel del agua bombeada al subsuelo. Tras recordarle que era muy joven y tenía dos niños chiquitos (en ese momento al cuidado de su prima Irene, residente en Torreón y casada con un electricista de la CFE), Trejo alegó ofrecer tal cantidad debido a que el nivel del agua ahora era muy inferior.

Haciendo caso omiso de las amenazas, la señora Fernández abandonó el restaurante sin despedirse del ingeniero Trejo, envalentonada por tres factores: primero, el haberse encontrado en el avión al ingeniero Gutiérrez Padilla, compañero de generación de su papá quien, mientras cargaba al menor de los dos niños que no paraba de llorar, le había dicho que ya era hora de que alguien hiciera algo por el fregado, con perdón mijita, por el fregado rancho que había quedado en manos de un malandro; segundo, por sus firmes creencias religiosas que la tenían convencida de que Dios, así, con mayúscula, no sólo era su copiloto sino hasta su manager y entrenador personal, y tercero, por el revólver que le había prestado el Checo, yerno de su prima, casado con Lola, la mayor de sus sobrinas.

Luego de dejar al ingeniero Trejo engullendo un trozo de espaldilla, la señora Fernández se había arrancado en la camioneta Windstar prestada por Irene para

manejar los ochenta kilómetros que separaban la ciudad del rancho sólo para confirmar, con una maldición en los labios, que debió por lo menos retorcer los restos mortales de la madre del ingeniero Trejo, que el nivel del agua que trabajosamente arrancaban las bombas al subsuelo seguía siendo el mismo que ella recordaba de cuando era niña, lo cual echaba por tierra los argumentos del estafador.

De regreso a Torreón, reparó en la camioneta roja que la había venido siguiendo del registro público de la propiedad a las oficinas del Banco Rural y de ahí al Principal. En ella seguían subidos los dos sujetos sospechosos que había descubierto espiándola desde que bajó del avión.

La señora Fernández, veintisiete años, dos hijos, casada con un ingeniero industrial egresado con honores de la facultad de Ingeniería e hija de un ingeniero agrónomo perteneciente a la penúltima generación militarizada de la Escuela Nacional de Agricultura, hoy Universidad Autónoma de Chapingo, sintió en la boca del estómago algo muy parecido al miedo.

Cuando la troca la rebasó, para cerrársele en medio del desierto, sin un alma en cientos de kilómetros, la mujer sintió pavor.

De la camioneta empolvada descendieron dos sujetos peculiares que a la legua se notaba que no eran de por ahí, un tipo blanco, alto, vestido con traje de lino color helado de vainilla y tenis Adidas de rayas rojas, y un gordo grandote de ropas sorprendentemente holgadas que de no haber tenido cara de niño travieso le hubiera recordado a un cantante de hip-hop.

—Buenas —murmuró el flaco—, Ricardo Tamés, para servirle.

Ella contestó frunciendo el ceño.

—Y éste es el gordo —acotó Tamés, señalando con la cabeza al gigantón, que sonreía.

—Mire, señora —continuó—, no es bueno andar haciendo preguntas, y usted está metiendo las narices por ahí en asuntos que es mejor dejar tranquilos. Acuérdesse, es mamá de dos niños chiquitos, aún les hace falta. Yo le sugiero que no haga estupideces.

—¿Estupideces? ¿Recuperar lo que es de mi familia son estupideces?

—El jefe nos dijo pendejadas —intervino el gordo, con voz de pito.

—Así serán buenos, móndrigos montoneros, dos contra una dama. Váyanse mucho al diablo —y remató escupiendo al suelo, lo que le costó mucho trabajo porque como buena ex alumna de colegio de monjas, no sabía hacerlo.

—En ese caso, señora, ya que se pone difícil, vamos a tener que ponerle en la madre —dijo Tamés, sacando de la cabina de la pp un bat de béisbol al tiempo que el gordo tomaba un bastón de hockey. El patrón había sido muy claro, «denle un susto, nada de armas».

—Pero primero los mato yo, jijos de su pelona —repuso la señora Fernández, que tampoco sabía decir peladeces, al tiempo que sacaba de su bolsa la pistola que le había prestado el Checo.

Lo primero que provocó en Tamés y el gordo, que iban desarmados, fue confusión. Voltearon a verse para reafirmar en la mirada del otro que aquella mujer que parecía princesa hindú no podía saber disparar. Siguieron avanzando.

Se equivocaron.

La señora Fernández no sólo disparaba, además tenía una puntería afinada mientras le tiraba a las tarántulas del rancho desde que era niña.

Horas más tarde, durante la merienda, la señora Fernández le contaba a Irene, Lola y el Checo cómo les había disparado a las patas a los dos matones, que habían salido huyendo al tiempo que ella les volaba los faros y las calaveras. No pararon hasta llegar a Saltillo, donde abandonaron la camioneta (que de cualquier manera era robada) para desaparecer un tiempo. Su patrón estaría furioso.

De hecho su jefe, el señor Trejo, murió meses después a consecuencia de un coraje, cuando el juez falló a favor de la familia Monjaraz y se vio obligado no sólo a devolver el rancho Santa Martha, primer productor nacional de melón, sino a compensar económicamente por su explotación comercial durante doce años a sus propietarios legítimos.

A Tamés y al gordo no se les volvió a ver en el estado de Coahuila por muchos años.

Poesía para mecánicos

Era un anticipo gordo.

En uno de los deshuesaderos de la salida para Nuevo Laredo compré un automóvil. No un coche para ir a misa, un automóvil de verdad. Me lo vendió un mecánico, dueño del yunque, al que conocía de muchos años, la mitad de los cuales le había rogado que me vendiera su auto.

—No te alcanza, Güero —me decía siempre, antes de ofrecerme una cheve de la nevera.

Ésta vez el dinero no fue problema. Aunque no fue por la lana que decidí vendérmelo: pude ver en sus ojos que también se estaba haciendo viejo. Ya éramos muchos.

—Fregao Güero. He arreglado este carrito desde hace treinta años. Lo vino a dejar un cabrón que nunca regresó por él, porque lo mataron. Un tal Sifuentes. Se vino desde Tampico por puros caminos de terracería. Un último modelo, sacadito de la agencia. Andaría huyendo el cabrón. Para que veas que el carrito es noble; aguantó, el desgraciao.

Dio una chupada larga a su tabaco. Paladeó el humo.

Luego lo dejó escapar por la nariz. Su rostro, lleno de grasa, se veía cansado, patillas y bigote comenzando a encanecer.

—Pinche Güero. Te lo llevas porque a mis hijos les vale madres. Desde que son señoritos del Tec, se avergüenzan de su padre mecánico, del negocio grasiento que les dio de tragar. Qué van a querer esta carcacha que su padre fue arreglando a mano, lavando con gasolina bujía por bujía, calibrando el motor como si fuera un violín.

Escupió al suelo, con rabia. Era su forma de llorar. Si en ese momento sus hijos se hubieran aparecido por ahí, les hubiera puesto una madriza.

—Llévatelo, antes de que me arrepienta.

No era una carcacha.

Un Impala 70, negro, con llamas pintadas en los costados con pintura acrílica. Carrocería recubierta de Apeo Seal. Vestiduras de vinil y tela. Llanta ancha de cara blanca. Riñes de magnesio, suspensión reforzada, amortiguadores de aire. Con volante de madera, autoestéreo de carátula y unos guantecitos de box colgados del espejo. Pero, sobre todo, un motor arreglado con toma de aire saliendo sobre el cofre recortado, árbol de levas caliente y doble carburador de cuatro gargantas que rugían como un coro de leones, headers y doble escape con punta cromada.

Poesía para mecánicos.

Un auto así es como una vieja amante que te sigue recibiendo, experta y lubricada, sin importar los años que hayan pasado.

Pagué de contado, sin más preguntas. Salí en mi automóvil ronroneante, observando al mecánico agitar sus brazos por el retrovisor hasta que lo perdí de vista.

Nunca volví a verlo. Murió de un infarto un mes después.

Llené el tanque en la primera gasolinería y di una propina tan generosa que extrañó al que despachaba.

Enfilé hacia Ciudad Portillo, a más de dos mil doscientos kilómetros al noroeste de ahí, acompañado por el bramido del motor y la música del único CD que tenía, una antología de éxitos de Celso Pina que el mecánico había olvidado en el estéreo.

Su acordeón me acompañó toda la noche.

El pulso de obrad retumba en sus dedos casi sincronizado con el golpeteo mecánico de la música waste que vomitan las bocinas entre más aprieta el volante más siente el bombeo de su corazón malditas drogas atrás Lizzy se besa con Fernando pinche Fernando Obrad tiene la garganta tan embotada que ni el ardor de un chorro de Wild Turkey logra despertarla ZOPILOTE 60 KM dice una lámina herrumbrosa a Obrad nunca dejan de sorprenderle los nombres de los pueblos fronterizos mexicanos Agua Prieta Piedras Negras Los Ramones Moridero Perros Muertos ese último es su favorito Lizzy comienza a gemir Fernando la está dedeando pinche Fernando pinche Lizzy ¿cuántas horas manejando? aaah aaah nomás de oírla se le pone el miembro como piedra hay veces en que quisiera no meterse tantas cosas aaah aaah aaah y mejor metérsela a Lizzy pero ella lo rechazaría «te quiero como amigo güey no echas a perder las cosas» «estamos muy locos los dos güey vamos a hacernos mucho daño» ¡AAAH! pinche perra qué manera de gemir pum pum pum pateo su pecho pum pum pum retumba la música el cielo empieza a clarear la espalda ruge de dolor no puede recordar qué se metió que lo tiene tan acelerado el desierto en su estúpida magnitud siempre impresiona a Obrad aún más que los nombres de los pueblos y las puterías de Lizzy es muy diferente de los bosques de su país bueno de los bosques de su país antes de la guerra chingada madre ya está sangrando otra vez de la nariz chingada madre fueron las primeras palabras que aprendió del español se las escuchó a Lizzy el día que la conoció en la esquina de Yonge y Bloor en Toronto la chica se había resbalado en el hielo de la acera se notaba que no sabía moverse en el frío chingada madre dijo estaba muy molesta a punto de llorar a Obrad le gustó el sonido de las palabras nadie se acercó a ayudarla más que él are you ok? yes thank I'm fine se dio cuenta de que ella también era extranjera you're not from around here are you?, no no lo era ¿cómo lo había sabido?, porque era la única persona aparte de Obrad que no iba vestida de negro llevaba una chamarra amarilla Obrad una azul where are you from? Latveria where?!! Latveria una pequeña nación en los balcanes a un lado de Croacia cerca de Puentenegro al noreste de Italia al sur de Austria y Hungría es poco conocida casi no aparece en los mapas and you? México may-see-koh? what's that? mi país pendejo pain-day-ho? al sur el socio pobre del NAFTA ¿mariachis?, ¿luchadores? ¿El Santo?, dijo Obrad a güevo güey ¿conoces al Santo?, al Santo sí amistad instantánea ella es hija de un narco sinaloense él ojalá tuviera una historia tan sencilla Obrad recuerda su país de nuevo una próspera república socialista de Europa central hasta que estalló la guerra musulmanes contra cristianos Obrad no era ninguno de los dos pero las balas no distinguen a los ateos de los creyentes a Obrad lo educaron en la utopía industrial de los trabajadores es más fácil creer en ella si tu padre es un alto oficial del partido al final de sus días Obrad Novoselic padre se dedicaba a la diplomacia por eso pudo sacar a su hijo único del país no con la rapidez que hubiera deseado y mandarlo como refugiado político al Canadá pero el mal ya estaba hecho Lizzy sigue gimiendo su vagina es un barril sin fondo

Fernando no le da batalla pinche Fernando dos años en la guerra dos años encerrado en Doomstadt la ciudad capital sitiada aún ahora después de dos años en América hay imágenes que siguen acechando las pesadillas de Obrad niños mutilados jugando entre las ruinas MTV Europa a todo volumen tratando de acallar el bramido de los morteros la mirada perdida de una anciana acribillada por un francotirador en la parada del camión los corredores del parque corriendo en zigzag para evitar los tiros sus amigos muertos por eso me metí a las drogas justifica Obrad —ex campeón juvenil de natación— para soportar esa realidad Toronto es una ciudad fría impersonal aún más distante que Doomstadt sólo encuentra alivio con las locuras de Lizzy como cuando se pintó el pelo de rosa después ya no pudo parar de teñírselo de miles de colores o cuando fueron juntos a perforarse los pezones Obrad nunca había visto el pecho desnudo de Lizzy sus senos pequeños coronados por dos pelotitas rosas como dos bolas de helado con cerezas ¿qué me ves güey? ¿nunca has visto una encuerada?, encuerada = desnuda pronto Obrad va aprendiendo el mexicano le gusta cómo suenan las palabrotas en una lengua tan dulce sin la violencia eslava de su idioma natal ¿quién es mi putita? le pregunta una vez a Lizzy en un rave tu chingada madre cabrón contesta ella nunca hay contacto físico no obstante Obrad se está enamorando hasta que aparece Fernando éste es el Fer güey también es mazateco es raza güey ¿raza? para Obrad es más como un narquillo un drogata que siempre anda puesto los bolsillos de su chaqueta militar siempre repletos de drogas para vender en las discos un pendejo que se dice artista y estudia con Lizzy en la school of visual arts ambos pagados por el dinero de sus papas narcos en una peda porque ahora Obrad llama así a las borracheras se entera de que fueron novios en Mazatlán puta asquerosa, nunca me lo dijiste cálmate cabrón tú no eres mi novio ni me mantienes pelean se mandan a la chingada Obrad llora durante días en la soledad de su departamento de North Cork hasta que suena el teléfono ¿qué pedo cabrón? ¿sigues emputado? sin darle tiempo de contestar le dice que hay un rave en The Government que pasa por él a las once ¿con Fer? pregunta Obrad con Fer güey ¿vas o no vas? la soledad es aún peor que la humillación esa noche los tres van a la discoteca Fer trae aceites y trippies sellan su tregua poniéndose bien pastillos hacia la madrugada los tres se saben inseparables aunque Obrad no toque a Lizzy «te quiero feliz aunque no sea conmigo» se descubre pensando Obrad ¡¡¡¡AAAAAAHHHHH !!! grita Lizzy al venirse en el asiento trasero.

Nunca llegaron a la luna

Al frente, la noche parecía una garganta tragándose la luz de los faros. A las cuatro, agotado el último six, mi cheve se había entibiado entre mis dedos; sabía a diablos. La aventé por la ventanilla, sabiendo que no habría otra gasolinera hasta mi destino, tres horas adelante.

El desierto, extendiéndose hacia todos lados en su enloquecedora monotonía, hacía preguntarme si sería cierto aquello de que los méndigos gringos nunca llegaron a la luna y que todo lo habían filmado en el desierto de Mojave, apenas a unos kilómetros de la frontera mexicana. Las estrellas le añadían una atmósfera aún más extraterrestre al paisaje.

Eso estaría curado, que en la película del alunizaje se vieran pasar al fondo unos ilegales mexicanos, como el auto rojo que dicen que se ve al fondo de la película de Ben-Hur, cuando la persecución en los carruajes. Checo y yo éramos bien cineros. Ésa la vimos en el cine López.

Pero nunca vi el dichoso coche.

Entré a Ciudad Portillo con los primeros rayos de luz.

El Impala estaba cubierto de polvo, todo su esplendor oculto debajo de la suciedad. Avancé por varias calles sin pavimentar que me recordaron a Cuencamé, otro pueblo perdido en medio del calor y el hastío.

Cuando era chofer del general Díaz Barriga, seguido pasábamos por Cuencamé camino a la ciudad de México. Me acuerdo que el viejo decía que había más miseria en ese chingado lugar que en el norte de África. «Y eso que Tánger es el culo del mundo», decía cada vez que atravesábamos sus calles polvorientas.

Cabrón viejo.

No fue difícil dar con el centro. Tampoco, registrarse en el único hotel que daba a la plaza municipal. Bajé al restaurante y pedí unas burritas de huevo con jamón y café. La comida me asentó la barriga, asqueada de tanto polvo y carretera. Salí a la calle, le pedí a un güerquillo que pasaba por ahí que me lavara el coche y subí a mi cuarto.

No me gusta dormir. Mi sueño es intranquilo. Tanto muerto no me deja en paz. Pero a veces hay que hacerlo.

Abrí los ojos cuando el sol caía como lava sobre el pueblo. No había sombra que lograra refrescar un poco ese pedacito de infierno. Era el mejor momento para dar una vuelta por Ciudad Portillo.

Al afeitarme, un extraño con la cara llena de espuma y cicatrices me observaba desde el espejo. Estaba más pelón que la última vez que lo había visto. Más viejo. Me apresuré a rasurarme para quitarme de encima esa mirada de loco.

Al acabar me unté loción. El fuego líquido refrescó mi cara. Me puse el sombrero, los lentes oscuros y salí a la calle, que me recibió ardiendo.

Como pensé, a la hora de la siesta las calles estaban vacías. Sólo los locos salían a

caminar. Debe haber hornos de panadería más frescos.

Al centro de la plaza, la estatua de algún ojete afeaba el parque aún más que los árboles resecos. A lo lejos se escuchaba el llanto de los zopilotes, que en este lugar seguro se morían de hambre. El sonido de la grava bajo mis botas parecía retumbar en las calles vacías. ¿Quién podría querer quedarse en este agujero?

Bueno, ¿quién podría querer quedarse en Lerdo? ¿En Mexicali, en Reynosa? Yo había vivido en todos esos lugares.

Caminé sin rumbo, vagando bajo el sol candente. Pateé una piedra que dejó al descubierto una alacrana con sus crías montadas encima, como granitos de arroz. El animal corrió buscando un nuevo refugio. No pude resistir y la pisé, disfrutando el crujir bajo mi bota.

Los alacranes habían sido nuestros únicos juguetes, del Checo y míos.

El sonido de un motor me arrancó de mis recuerdos. Un Passat plateado se acercaba por la calle principal. Como dije, sólo un loco podría andar por ahí, con el sol asesino suelto.

Me quedé a mitad de la calle, observando cómo se acercaba el auto sin moverme de mi lugar. Me llevé un Príncipe al hocico, que se hubiera podido prender con el puro calor, y me crucé de brazos.

Pasó junto a mí, apenas a unos centímetros, casi rozando la hebilla de mi cinturón. Tan cerca que de haberse detenido hubiera podido afeitarme viendo mi reflejo sobre vidrios y carrocería, tanto que pude ver al conductor voltear hacia mí y levantar las cejas en un saludo nervioso del que se sabe fuera de lugar. Un par de ojos asustados hundidos en la masa de una cara gorda y pecosa. Tan cerca que pude leer un «buenas tardes» resbalar por entre sus labios antes de acelerar y perderse entre una nube de polvo.

Era él. Mi hombre. Lo supe de inmediato. ¿Quién más podría llevar saco y corbata en esa caldera?

Ritos

Todos los cazadores estamos llenos de ritos. Algunos se encueran antes de internarse en el bosque a matar venados, cuchillo en mano. Otros son incapaces de salir a cazar sin doce tazas de café endulzado con piloncillo en la barriga. Hay quienes se untan todo el cuerpo de grasa del animal que van a matar, los que se sumergen en ríos helados durante días.

Yo desarmo y engraso mi pistola con todo cuidado antes de meterle un par de plomazos a mi presa.

Afuera había anochecido después de que las horas parecieran transcurrir al doble de su duración normal. Adentro, en la mesita del hotel descansaba mi pistola sobre la vieja franela roja, con la que la venía limpiando desde la primera vez que me lo encomendara el general, hacía casi treinta años.

Siempre estuve enamorado de esa fusca. Una Colt 45 Government, con el número de serie registrado en las computadoras de la Defensa. Número que garantizaba inmunidad al portador.

El viejo me la regaló la última vez que lo vi, antes de subirse con el secretario de Inteligencia y Seguridad Nacional a aquel avión que estalló en algún lugar sobre la sierra tarahumara.

El arma se desplegaba como un rompecabezas sobre la franela, como un esquema ordenado de las partes que la componían.

Primero desmontaba el cañón para después ir colocando pieza por pieza sobre el trapo, siempre en la misma secuencia, acomodándolas en el mismo lugar alrededor del cuerpo principal en el que las había colocado desde la primera vez que la desarmé, cuando aún era del general.

En seguida, la lubricaba cuidadosamente con aceite Remington, acariciándola con la delicadeza con la que se toma entre los dedos el pezón de la primera novia.

Al hacerlo, le canturreaba una y otra vez «Senderito», de Pedro Infante. No es que me guste mucho, pero las canciones de amor que hablan de muertos me parecen apropiadas para cantarle a una pistola, y no me sabía otra. No completa.

Al terminar, cargaba con todo cuidado las ocho balas, dos de ellas eran las que habrían de hacer el trabajo.

No debía de usar más de un par de tiros.

Nunca lo había hecho.

Mi rito terminaba cuando, después de llenar otros dos cargadores de balas, apuntaba por la ventana, buscando algún peatón para calar la mira.

Lo seguía durante algunos segundos antes de decir «¡Pum!», e imaginar cómo caería si le hubiera disparado, mientras el tipo continuaba caminando, sin saber lo cerca que le había pasado la Parca, rozándole las patas con su guadaña, acariciándole las mejillas con los dedos descarnados mientras prometía volver otro día por él.

Luego la metía a la sobaquera, le echaba la bendición del mismo modo en que me

la daba mi jefecita de güerquillo, y no la volvía a sacar como no fuera para disparar sobre mi hombre. El hombre señalado por el cliente. Sobre nadie más.

Habla el general Díaz Barriga

¿El Güero? Cómo no, si fue mi chofer. Bueno, mi chofer primero y luego mi guarura. Yo lo saqué jovencito de entre la tropa que se había reclutado en la décima zona de Durango. Era de Lerdo, el cabrón, ya venía muy maleado. Una vez estaba yo desayunando cuando escuché escándalo. Se estaban dando dos pelados. Me acerqué sin hacer ruido. Todos los perrillos que les habían hecho bola se fueron abriendo, muertos de miedo, hasta que quedé en primera fila. ¿Sabe por qué no los arresté en ese momento? Porque me llamó la atención la saña con la que el más joven le estaba tundiendo al otro. El Güero era sardo, y se había metido con un cabo al que le decían el Malamadre. Así sería. El Malamadre era grandote, igual que el Güero, y lo había estado chingando hasta que lo enfadó. Nunca lo hubiera hecho. El Güero era maldito, nunca había visto a nadie golpear con tanta crueldad. Con tanto odio. El odio de los que no tienen nada que perder. Yo no paré la pelea. Esperé hasta que el Güero dejó al Malamadre tirado en el suelo, convertido en un bulto sanguinolento. Agitado, el muchacho levantó la mirada hacia mí. No acababa de entender qué sucedía, pero la expresión en sus ojos, uno de ellos morado, delató que entendía que estaba en problemas. Yo entonces ya era capitán. Nuestras miradas se cruzaron, pero él me la sostuvo. Nadie se atrevía a hacerlo. Sin desafiarme ni nada, nomás me la sostuvo. Dos segundos, tres nos estuvimos viendo, reconociendo en el otro la misma furia, la misma maldad. Entonces el Malamadre se movió. Logró levantar la cabeza y sonreír con los dientes que le quedaban. Pensaba que iba a expulsar o arrestar al Güero. Era lo que tenía que hacer. En lugar de eso, le di una patada en el tórax. El Malamadre se retorció como tlaconete en sal, pero ya no pudo gritar porque le saqué todo el aire. «Lo espero mañana en mi oficina, soldado. A las siete», le dije al Güero. «Sí, señor», contestó y saludó. Al día siguiente lo nombré mi chofer. Fueron años muy bonitos. Él se convirtió en mi protegido. Te puedo decir que todo lo que ese pelado sabe de armas, que no es poco, lo aprendió de mí. Fue como el hijo que nunca tuve. Para que te des una idea, cuando estábamos destacados en Los Mochis, por ejemplo, seguido veníamos en el coche y yo le decía «A ver, Güero, despáchate a ése», por decir, y le señalaba a un grandulón. Entonces el Güero se bajaba y le ponía en su madre al que yo le dijera. Nunca se abrió el cabrón y varias veces le señalé peladones más grandotes que él. Al principio, a veces sí le planchaban su trajecito, pero al pasar del tiempo, llegó un momento en el que nadie, se lo digo yo, nadie, le pudo hacer frente. Lástima, alguna vez tuvimos nuestras diferencias y nos separamos. Fue cuando empezó de matón. La vida da muchas vueltas, cómo no. Un gran tipo ese Güero. El hijo que nunca tuve.

Tamés y el gordo (2)

Al despertar, Juan Ramón Valenzuela tardó varios minutos en ubicar el sitio donde estaba.

El suelo parecía dar vueltas a sus pies sin detenerse, lo que combinado con el hecho de que la duela había sido destruida, dificultó aún más que reconociera su propio departamento.

Cuando la habitación dejó de girar, el señor Valenzuela pudo también darse cuenta de que estaba amarrado con el cable de una plancha y amordazado con cinta de aislar. En ese momento supo que estaba sumido en mierda hasta las narices, o más.

—Buenos días, pajaritos —saludó desde el sillón un hombre alto que a Valenzuela le recordó en un Mickey Rourke juvenil.

El hombre estiró la mano hasta la boca de Valenzuela para arrancar la mordaza de un golpe. Valenzuela aulló de dolor.

—¿No tiene leche? —preguntó desde la cocina un gordo grandote que registraba el refrigerador.

De acuerdo con su costumbre de relacionar a cada persona que conocía con algún actor o cantante para memorizar sus nombres, Valenzuela le asignó la cara de Chabelo, en tiempos en que hacía pareja con el Tío Gamboín.

—Como se imaginará, nos manda el patrón —retomó la conversación Mickey Rourke. El método del señor Valenzuela consistía en colocar mentalmente un rótulo sobre la persona que acababa de conocer donde se leía Como Mickey Rourke, fulano de tal. Había resultado muy efectivo, pues Valenzuela era un vicioso del cine. El patrón al que se refería Mickey no podía ser otro que aquél al que había asignado la cara de Pedro Weber Chatanuga. A nadie más le debía cincuenta grapas de coca.

—Va usted muy retrasado en sus pagos. Ha tenido dos oportunidades para ponerse a mano —continuó Rourke, que aparentaba revisar con interés un pisapapeles, recuerdo de Acapulco, que había tomado de los restos de uno de los libreros de Valenzuela. Éste último, por cierto, se ubicaba a sí mismo como un Tom Hanks ligeramente cachetón.

—Estoy seguro de que hay una confusión —comenzó a decir Valenzuela. Se dio cuenta de que estaba golpeado, que no podía ver con un ojo y que andaba tan drogado que aún no sentía el dolor. Quizá tendría varias fracturas. No quiso pensar en lo que sucedería cuando viniera el bajón.

—Tiene gansitos y coca láit, pero no tiene leche —aulló el gordo con voz tipluda desde la cocina—, ¿qué no ha oído eso de acompañalos con leche?

—Soy intolerante a la lactosa —se disculpó Valenzuela con un murmullo, tratando de ganar tiempo.

—Bueno, claro, además la leche deslactosada sabe a madres —dijo el gordo.

—Lalo, ¿podrías dejarme trabajar? —Era claro que la paciencia de Mickey Rourke se agotaba. Conque el gordo se llamaba Lalo, ¿no? El señor Valenzuela no lo

olvidaría. Como Chabelo, Lalo. Lalo. Lalo.

—No, mi amigo, no hay errores ni confusiones. Ya sabe cómo es esto, uno se pasa de verga con un pez gordo y éste viene y le arranca un brazo. Usted vuelve a cagarla y regresa el pez a comerse sus güevos. A la tercera, sencillamente se lo come. Usted ya agotó las dos primeras.

—T-tengo dinero, ¿cuánto quieres?, ¿cuánto quieren? —Valenzuela sabía que el tiempo estaba agotado. Quizá pudiera negociar con ellos. Quizá lo dejaran ir; había que ser cauteloso.

—¿Y que el patrón se entere que lo dejamos vivo? No, mi cuate, en ese caso sería nuestra vida la que no valdría un carajo.

La cabeza de Valenzuela iba a mil por hora. Recordó en cuál de sus cuentas había menos dinero para calcular cuánto le quedaba. Luego ofreció:

—Cincuenta mil. Para cada uno. Puede decir que me largué, que alguien me corrió el pitazo.

Mickey Rourke no contestó. Observó a Valenzuela con cara de póker.

—Sesenta, no tengo más.

Tras varios segundos, Mickey señaló con la palma de la mano hacia arriba. No era un tipo fácil.

—Va. Va. Ochenta. Es todo lo que tengo —tendría que echar mano de otra cuenta.

Una ligera sonrisa, la curvatura involuntaria de la comisura de los labios de Mickey traicionaron su rostro. Era claro que no jugaba tan bien a las cartas como Valenzuela, que supo que estaba dominando la situación.

—¿Cheque personal? —preguntó Valenzuela.

—Transferencia electrónica. Ahora.

—Usted es muy duro.

—De eso vivo.

—¿Dónde está la catsup? —interrumpió Chabelo—. ¿Quién puede comer salchichas sin catsup?

—¿Puede decirle al cabrón marrano que deje de atragantarse mi alacena?!

Tras decir sus últimas palabras, el cráneo de Valenzuela saltó astillado por los aires. Su masa encefálica se estampó contra la pared, escurriendo lentamente, dejándola como el lienzo de un cuadro abstracto. Uno muy malo.

El gordo, con la mirada inyectada de furia, sostenía su escopeta Mossberg recortada desde la cocina. Aún humeaba. Tamés ni siquiera había tenido tiempo de reaccionar. Valenzuela jamás se enteró de lo caro que le había salido envalentonarse.

—Nadie... nadie, pinche Tamés, me llama marrano —sus ojos seguían fijos en el espacio que segundos antes había ocupado la cabeza de Valenzuela.

—Pinche gordo, ya la cagaste —murmuró Tamés mientras se llevaba un Marlboro a la boca—, ya había caído el cabrón.

—¿Qué no se dan cuenta de que tengo huesos anchos, Tamés?

—En fin —suspiró el flaco mientras se abotonaba la chamarra de piel—, de

cualquier manera había que matarlo.

—¿Creen que es fácil para mí? ¿No se dan cuenta que es muy cabrón ser como yo? —Varios lagrimones resbalaban por la cara del gordo.

—Vamonos, güey. Yo creo que todavía llegamos al Mr. Kelly's. Yo invito.

—¿Puedo pedir un paquete doble? —la expresión de tristeza se convirtió en súbita alegría infantil.

—Sí.

—¿Con queso? ¿Sí, sí?

—Con queso —Tamés dejó escapar un suspiro resignado al tiempo que cerraban la puerta del departamento tras salir.

En el suelo, el charco de sangre que escapaba del cráneo de Juan Ramón Valenzuela comenzaba a coagularse.

Ciudad Vampiro

Al caer la noche, el pueblo se animaba, volvía lentamente a la vida como un muerto que se levanta de su tumba.

La gente salía a las calles, los hombres llenaban las cantinas para refrescar la garganta con cerveza, las mujeres sacaban sillas a las banquetas frente a sus casas desde donde vigilaban a los chiquillos jugar bajo las farolas nocturnas.

Los jóvenes daban vueltas a la plaza, ellos en un sentido y ellas en el contrario, algunos vestidos de cholos, fumando churros nevados en sus autos achaparrados, otros disfrazados de vaqueros, bebiendo tequila y cheves en las cajas de sus trocas, las grabadoras y los autoestéreos berreando estruendosas canciones de hip hop de un lado y de música grupera del otro.

Fue fácil perderse entre la multitud; vestido de luto desde el sombrero hasta la punta de las botas, nadie volteaba a verme.

A medida que avanzaba la noche, la temperatura descendía hasta convertir lo que era un horno en un refrigerador. Ello facilitaba el esconder la sobaquera bajo mi chamarra de piel.

De mi hombre, ni su aroma.

Paseé por toda Ciudad Portillo, encendiendo un Príncipe tras otro, ahogando las brasas de la colilla bajo mis suelas, sin encontrar ninguna persona vestida de saco y corbata metida en un Passat.

Cuando salió el primer rayo de sol, el último cholo drogado corrió tambaleante a refugiarse del calor que se aproximaba. Exhausto, con la boca pastosa tras fumarme una cajetilla y media de tabaco oscuro, había llegado a dos conclusiones: que Ciudad Portillo debería llamarse Ciudad Vampiro, y que mi presa no era un animal nocturno.

Durante algún tiempo ganan dinero de vender drogas en las discos Lizzy y Fernando no lo necesitan lo hacen por diversión pero a Obrad cada día le alcanza menos el dinero que le envía su papá desde París sabe que a sus amigos los protege la mafia mexicana ¿pero a él? los envíos del padre son cada vez más espaciados hasta que un día Obrad entiende que no habrá uno más y que en su pequeña república balcánica no habrá armisticio una mañana descubre una mirada ajena observándole desde el espejo ¿qué ha hecho con su vida? ¿qué hace en el país más aburrido del mundo? varios recuerdos lo asaltan las calles cubiertas de cadáveres la cara de su amigo Valki cubierta de esquirlas su casa destruida por un obús el único consuelo lo halló el día que empuñó un arma una Luger 9 mm pavonada seguro una reliquia de guerra se la arrancó de entre los dedos crispados al cadáver de un anciano veterano que yacía tirado en la calle el cuerpo aún seguía caliente despedía un poco de vapor en la fría mañana de otoño los ojillos azules perdidos al frente las medallas cuidadosamente pulidas colgando inútiles del pecho el cargador estaba lleno Obrad había aprendido a tirar en el servicio militar una pesadilla de dos años ni su influyente padre se la pudo evitar el arma debió haber sido la última posesión del viejo Obrad sentía como si le inyectara energía desde ese día se dedicó a asaltar pequeños negocios tabaquerías tiendas de barrio farmacias hasta una librería sólo por robar golosinas y cómics en realidad lo que le gustaba era sentir la emoción de saberse caminando por la orilla de un precipicio la diversión acabó un día en que un tendero del barrio de Dragacy sacó una escopeta Obrad tuvo menos de un segundo para reaccionar él o yo pensó la mitad de la mandíbula del hombre voló por el aire Obrad la observó fascinado casi lo vio caer en cámara lenta el hombre gritó en el piso con lo que le quedó de cara Obrad lo remató tres cuatro cinco tiros sobre el pecho al ver el cadáver entre un espeso charco de sangre sintió cómo se le paraba se hubiera quedado horas a gozar esa sensación de poder el ulular de una patrulla lo ahuyentó al pasar por un puente lanzó la pistola al Danubio se quedó varios minutos viendo crecer las ondas expansivas ahí donde se la tragó el río la policía pasó a sus espaldas sin molestarlo ¿quién va a sospechar de un muchacho casi un niño que llora en un puente? la guerra no sólo saca lo peor de la gente además les arranca todo cuanto tienen empezando por su humanidad casi dos años después en Toronto Obrad está llorando de nuevo extraña el peso metálico de su Luger extraña el poder de despachar la muerte como se extraña un beso fugaz robado en la madrugada a unos labios ajenos esa noche Lizzy y Fer llegan a su casa un departamento en un complejo habitacional para inmigrantes chinos indios árabes haitianos pakis peruanos ni un solo blanco sólo Obrad el lugar está bien de no ser por el olor a curry y sudor de los pasillos los tres miran la televisión mientras fuman un churro de mota vuelven a discutir si la marihuana afgana es mejor que la mexicana nada como la de Michoacán güey dice Lizzy ésta está con madre dice Fer vamonos de aquí dice Obrad la voz de Bob Esponja llena el espacio vacío entre sus tres cabezas las miradas fijas en la pantalla seis globos oculares siguiendo los dibujos animados

después de lo que parece una eternidad Lizzy pregunta a dónde nos vamos güey a la chingada de aquí así dicen ustedes ¿no? vamonos al sur a Estados Unidos a algún lugar donde pueda comprar un arma ¿para qué quieres un arma? yo te la regalo deja que Lizzy se la pida a su papá ¡son unos pendejos! estalla Obrad son incapaces de hacer nada sin sus papas ni siquiera pueden comprarse sus propias drogas cálmate cabrón a mí no me vas a hablar así cállate Lizzy no eres más que una putita y tú un pinche maricón drogadicto comemierda cállense los dos par de pendejos ¿a dónde quieres que nos larguemos pinche Obrad? vamonos al sur vamos robándonos un coche comprando una pistola o dos con el dinero de sus papitos y bajamos hacia México quiero conocer Norteamérica Memphis Kansas California todos esos nombres salidos del cine quiero ver la tumba de Elvis Disneyland cruzar la frontera mexicana quiero llegar hasta Zihuatanejo (había escuchado la palabra de una película con Morgan Freeman y Tim Robbins) ¿cuánto nos vamos a tardar en eso? pregunta Fer meses ¿prefieres quedarte a que el culo se te congele viendo Nickelodeon? silencio ninguno de los narcojuniors contesta tras varios minutos Lizzy pregunta ¿cómo nos vamos a mantener güey? las palabras de Obrad retumban en el espacio silencioso entre un comercial y otro: asaltando bancos.

Tamés y el gordo (3)

El licenciado Gómez Darkseid, contralor de la procuraduría del estado, intentaba concentrarse en unos balances que a pesar de cuadrar no le parecían del todo legales.

Arrancado del sector privado, con amplia experiencia en la industria textil y la comercialización de madera por grandes volúmenes, Darkseid, como solían llamarlo sus conocidos, tenía fama de honesto. Por ello había sido invitado por el nuevo procurador, el general Díaz Barriga, a tomar el puesto menos envidiado de la corporación.

Díaz Barriga, amigo del padre de Darkseid, un talentoso escultor que se hubiera convertido en uno de los artistas mexicanos más importantes del siglo xx de no haber sido por su alcoholismo, había llegado a la procuraduría para sanear las cosas.

Los recientes enfrentamientos entre los cárteles grandes estaban alfombrando de cadáveres las calles de la capital del estado. Alguien tenía que pararlos en seco. «Consíganse un procurador con güevos», había dicho el gobernador recién electo a sus asesores.

La decisión lógica era el viejo militar, oriundo del estado y responsable de entrenar grupos de choque infiltrados entre las facciones juveniles de la izquierda durante los conflictos del 68.

Se decía que Díaz Barriga desayunaba todas las mañanas un par de huevos fritos ahogados en la salsa verde más corrosiva que se hubiera preparado jamás al occidente del país espolvoreados con una cucharadita de pólvora, y que de aperitivo pedía alacranes güeros asados al comal, que masticaba sin escupir los aguijones.

Los amigos del general lo llamaban hijo de la chingada. Sus enemigos estaban casi todos muertos.

El licenciado Darkseid, que había renunciado a la dirección de la escuela de finanzas de la Universidad Marista para incorporarse a la procuraduría, había crecido en la casa contigua a la del general, donde Margarita, alias la Titi, joven esposa del militar, treinta años menor, solía pasearse en bikini por el jardín cuando el futuro licenciado, aún adolescente, era requerido para cortar el pasto.

Pese a ello, Gómez Darkseid jamás se había atrevido siquiera a voltear en dirección a su empleadora, que se asoleaba topless a la orilla de la alberca, ni siquiera cuando ésta lo acorraló contra la pared de la sala, sin más ropa que una bata que dejaba entrever las diminutas aureolas de sus pezones rosados y la suave pelambre al sur del ombligo, rogándole que la poseyera ahí mismo, que la hiciera sentirse mujer, porque el general devorador de chiles y pólvora era incapaz de sostener una erección más de tres minutos.

Toñito, como era conocido a los quince años el licenciado Darkseid, se negó siquiera a sostener la mirada verdiazul de la Titi, esposa del amigo de su papá, saliendo de ahí para nunca volver a aceptar ningún trabajo más de jardinería,

alegando alergia a la hiedra.

Casi veinticinco años después, tras una exitosa trayectoria, el licenciado había aceptado el puesto ofrecido por su vecino de la infancia como un reto personal. «Tanto criticar al sistema de corrupto sin hacer nada», se le oyó decir en una comida de empresarios joyeros, «casi me obliga a cambiar las cosas desde dentro, a poner mi granito de arena para hacer de este país un lugar mejor para nuestros hijos».

Ésa noche, con el episodio de su vecina archivado en un olvido voluntario, el licenciado Darkseid no lograba cuadrar los balances de gastos presentados por Operaciones Especiales.

Nada estaba más lejano de sus pensamientos que el recuerdo de la suave piel de la señora Díaz Barriga, el tufillo alcohólico que despedía su tibio aliento provocado por varias bloody maries mientras se le repegaba aquella mañana de 1980 cuando un alarido arrancó al distinguido contador de sus cálculos.

Quiso ignorarlo, pero a los dos minutos el aullido doloroso volvió a retumbar por los pasillos vacíos de la procuraduría.

Eran las nueve de la noche y hasta donde Darkseid sabía, no quedaba nadie en las oficinas administrativas más que él.

Intentó volver a los números sólo para que un tercer grito lo arrancara de ellos.

Era inconfundiblemente humano, por más que Darkseid hubiera deseado que lo emitiera un animal.

Salió de su oficina, siguiendo el sonido. El rastro sónico lo llevó hasta las escaleras, de ahí a la recepción en el primer piso y luego a los sótanos del edificio.

Una puerta cuya existencia ignoraba el funcionario, dejada abierta por algún agente descuidado, lo llevó a un pasillo lleno de celdas selladas por pesadas puertas de acero que le hicieron pensar en un calabozo medieval. Al final del corredor, de una de las mazmorras, escapaban los gritos.

Darkseid era un sujeto de poca estatura y mucha personalidad. Escudado en esta última, se animó a llegar al final del pasaje y tocar a la puerta con su anillo de matrimonio.

Un hombre alto, blanco, vestido de traje negro y calzado con tenis Adidas de rayas azules apareció en el umbral. Reconoció de inmediato al contralor, por lo que, zalamero, preguntó:

—Dígame, licenciado, ¿qué se le ofrece?

—No se puede trabajar así, agente. ¿Qué le están haciendo a ese hombre?

—Es... es un trabajito que nos encargó el procurador. Ya sabe, un asuntillo marginal.

—Marginal —repitió incrédulo Darkseid—. Pues su asuntillo no me deja trabajar.

—¿Cuánto se va a tardar, lie? —preguntó el hombre, identificado por su gafete como el agente Tamés, al tiempo que se llevaba un cigarrillo a los labios.

—Una media hora.

—Hecho. Yo le prometo que en media hora de aquí no sale ni el zumbido de una

mosca —repuso Tamés mientras encendía el tabaco con un zippo desgastado.

El licenciado intentó ver por encima de los hombros del agente, pero le quedaban muy altos. Se colocó de puntillas, logrando apenas entrever al fondo de la habitación a otro agente, un gordo con cara de niño, y un hombre amarrado en una silla.

Por unos segundos, la mirada del funcionario se cruzó con la del torturado. Durante el resto de su vida, esos ojos suplicantes perseguirían al licenciado en sus pesadillas.

—Bueno, creo que media hora estará bien —dijo Darkseid, deseando jamás haberse asomado—, muchas gracias, agente.

—De nada, lie, servirle es un placer —contestó Tamés, su boca humeando con cada palabra.

Darkseid dio media vuelta, salió del pasillo, abandonó el sótano y la recepción. Sólo hasta que la puerta del elevador se cerró para llevarlo a las oficinas de la dirección general, en lo alto del edificio, permitió a sus piernas temblar sin control.

Llegando a su privado estampó un sello que decía APROBADO: CONTRALORÍA a los balances que revisaba para abandonar de inmediato el cubículo. No volteó hacia atrás hasta llegar a su auto y abandonar el edificio.

Al día siguiente presentó su renuncia, «por motivos personales y con carácter de irrevocable», para volver de inmediato a sus negocios en la iniciativa privada.

El hombre de negro

Intenté dormir, pero a las dos horas tenía los ojos pelones. Eran casi las ocho de la mañana. Trepé al auto, que de tanto polvo ya parecía semita otra vez, y arranqué a vagar por las calles, con mi pistola en la sobaquera y una taza desechable de papel con café.

El ronroneo del motor llamaba la atención de la poca gente que caminaba por las calles, bajo un sol que ya quemaba desde esa hora, pero tenía un efecto tranquilizante sobre mis nervios.

El tiempo corría, el Señor se iba a impacientar conforme pasaran los días. Ésta clase de jales hay que terminarlos rápido.

Venía yo pensando en eso y en la manera en que el Señor despachaba a los que le quedaban mal cuando me crucé con el único otro automóvil que circulaba a través de la calurosa mañana de Ciudad Portillo. Casi choco con él. Un Passat plateado, del año, conducido por un gordo pecoso vestido de traje, con ojos de conejo triste.

Dios no le dio alas a los alacranes pero sí mucha suerte: no tuve que dar media vuelta para seguir a mi hombre, porque éste se detuvo a unos metros de mi coche, frente a la Escuela Primaria Héroe de Nacozari, la única en toda Ciudad Portillo, para apearse y dar la vuelta para abrirle la puerta trasera a dos larvas que no podían ser más que su descendencia.

Nadie pareció darle importancia al hecho de que el único otro automóvil que circulaba a esa hora por Ciudad Portillo se detuviera en seco a unos cuantos pasos del otro para que su conductor encendiera un Príncipe. Tampoco le extrañó a nadie que este mismo sujeto, es decir yo, se bajara de su auto, convertido en un horno con ruedas, para seguir tranquilamente los pasos del conductor del primer coche, que se había internado en la escuela acompañando a sus dos hijas al salón donde los niños de tercero y cuarto compartían una maestra sorda que seguía esperando su reemplazo desde 1987.

Si alguien se hubiese molestado en observar al tipo de negro que entró a la escuela detrás del gordo de traje, si le mirara con detenimiento mientras el otro dejaba a cada una de sus niñas en sus pupitres antes de despedirse de beso y santiguarlas, sólo entonces quizá ese hipotético observador habría notado la manera casi imperceptible en que el ceño del hombre de negro se curvaba hacia arriba, en una expresión inconfundible de profunda tristeza que se quedó a un paso de ser delatada por un par de lágrimas.

Lo único que evitó que el sujeto en cuestión, es decir yo, rompiera a llorar fue que el primer hombre que entró a la escuela pasara junto a él, camino a su Passat plateado del año, musitando un «buenos días» que tuvo por respuesta un gruñido.

El hombre de negro, es decir yo, se metió la mano debajo de la chamarra de cuero negro, tan fuera de lugar como la corbata del gordo pecoso, para alcanzar su sobaquera, pero por más que lo intentó, no pudo empuñar su pistola, por más que

alargó su brazo, por mucho que estiró los dedos, no logró asir la máquina de muerte que había llegado a considerar su instrumento de trabajo para acribillar en ese mismo momento, por la espalda, a su hombre, al sujeto cuya muerte le habían pagado en efectivo con un bulto de billetes viejos de quinientos y mil.

Porque si algo había aprendido en su vida el hombre de negro, es decir yo, era que nada hace más falta a un niño, sea de la edad que sea, que un buen padre. Y él, o sea yo, sabía perfectamente distinguir a un buen hombre de un desgraciado por la manera de tratar a sus hijos. Estaba convencido de que aquel pobre diablo del Passat plateado, condenado al olvido en Ciudad Portillo, podía ser un bocón cobarde vendido al sistema de testigos protegidos, pero también era un buen padre, y no sería yo, es decir el hombre de negro, el que iba a arrancarles a tiros a su padre a dos niñas inocentes bajo el sol ardiente de aquella mañana polvosa, a las puertas de la Escuela Primaria Héroe de Nacozari.

Total, en este país hay muchos hijos de la chingada. Que el patrón se consiguiera a otro para hacer el jale. Yo, igual que el hombre de negro, me acababa de retirar.

Habla el licenciado Gómez Darkseid

Uno de los muchos negocios que tuve fue administrar un centro joyero. El problema era la seguridad, eran los años de los secuestros y los asaltos ultraviolentos en la capital del estado. No podíamos confiar en la policía. Entonces consulté a mi padrino, un general que había sido vecino nuestro y gran amigo de mi papá. Él me recomendó a un tipo que había sido su chofer, un tal Alberto no sé qué, alias el Güero. Vaya apodo más original, pensé primero, pero cuando lo conocí entendí que no le decían así por blanco, sino por provocar la repulsión que emiten los alacranes de ese color. Era un grandote muy callado, medio pelón, con la cara picada de viruela, unos ojillos verdes que se veían muy pequeños para su cara, como si no hubiera encontrado de la talla correcta, y una narizota. Güero él, efectivamente. Feo el desgraciado. Lo peor era cuando hablaba: su voz, cascada por los cigarrillos y la cerveza fría, escapaba con un silbido gutural que me hacía pensar en las voces de los zombis en las películas de horror. Llegó sin hablar a mi oficina, se sentó frente al escritorio, encendió un cerillo con el que prendió un Príncipe. Dejó escapar el humo en un suspiro y dijo: «Usted dirá, licenciado». Le expliqué de qué se trataba, había que formar un cuerpo de seguridad confiable al que pudiéramos encomendar la seguridad del centro joyero. «Cuenta con ello, lie», me dijo tras escucharme atentamente, apagó su cigarro aplastándolo en el cenicero como si fuera una cucaracha y salió de mi despacho, prometiendo comunicarse conmigo. Así lo hizo; cada vez que hablábamos por teléfono me ponía de nervios su voz de muerto, pero en tres semanas había configurado un equipo de seguridad privada que parecía más un grupo de choque paramilitar, que por supuesto era el terror de los asaltantes o secuestradores que quisieron acercarse al centro joyero. En aquella época yo tenía una secretaria, Gaby, una mujer preciosa de un pueblo cercano, la clase de hembra que produce malos pensamientos hasta en un joto. Todos mis amigos iban a saludarme nomás para verle las piernas. Cuando había suerte y llevaba minifalda, podías atisbar sus muslos morenos. Habías de verla desnuda, mano, unas tetotas descomunales, duras, duras, unos labios cremosos que parecían de helado de chocolate. Pero ésa es otra historia que casi me cuesta el divorcio. El caso es que andaba yo en la mira de los secuestradores, una banda de malditos que tenían asolada la ciudad, con tan buena suerte que una vez cayó a mi oficina un comando para levantarme, ¿y qué crees, mano? Que yo no estaba, pero se querían instalar para esperarme y aprovechar para vaciar la caja fuerte. A Gaby se le prendió el foco y alcanzó a marcarle al equipo de seguridad del centro joyero. Contestó el Güero. Los malandros la obligaron a colgar. Sólo alcanzó a decir algo así como «ayúdeme, Güero». Pues resulta que el tipo le reconoció la voz a la morena y sin pensarlo salió disparado a mi oficina. ¿Vas a creer que cuando llegué, él sólo había sometido a los seis pelados que me querían secuestrar? No, era aquello un baño de sangre, y él, sin un rasguño. Una fiera, el Güero aquel. Un par de años después me presentó su renuncia. Me dijo que se iba

para su tierra. Tenía un compadre que recién había puesto un negocio de masajes y se iba a ayudarlo. «¿Sabe qué, lie?», me dijo cuando fue a despedirse, «usted es el único que me ha tratado como persona, y deseo darle las gracias, así que el día que quiera quebrarse a alguien, nomás avíseme y yo me encargo». «Muchas gracias, Güero», le dije, me dejó los datos de su compadre, que vivía en Ciudad Lerdo, me dijo que él podía localizarlo cuando yo lo necesitara. Nunca le llamé, el único tipo que yo hubiera deseado matar se murió al poco tiempo en un accidente de avión. ¿Qué quién era? Nadie, mano, un desgraciado que siempre se interpuso entre mi primer amor y yo. Cosas de chamacos.

El primero que te niegas a matar

Pareciera que es vacilada, pero siempre se recuerda al primer muerto. La cara que queda en el cadáver que uno acaba de fabricar, la expresión de miedo o confusión que el pobre diablo habrá de llevarse al hoyo: los ojos bien abiertos, la boca en forma de o, con los bordes de los dientes asomando entre los labios.

Si el tiro fue hecho con un calibre pequeño, colgará un hilillo de sangre de ahí donde haya impactado el proyectil; si se usó un arma de calibre grueso, habrá hecho un hoyo en la carne por donde se puede pasear un dedo holgadamente, y si se cometió la perrada de usar una escopeta, el fiambre tendrá un vistoso túnel por el que se puede deslizar el puño de un hombre, si es que el cráneo no saltó en pedazos, se le arrancó un miembro por el impacto o se partió el tronco en dos.

A partir de ahí, todos son iguales. Todos tienen la misma cara. El mismo rostro anónimo. O conocido, da lo mismo. Indiferente u odiado, uno nunca mata lo que ama. Un rostro común fundido en el anonimato de la indiferencia.

Hasta que llegas al primero que te niegas a matar. Un nuevo rostro que se grabará para siempre en tu memoria, que te acompañará en el sepulcro a veces sin saber que tú le permitiste vivir un poco más, unos días, unos años.

Sin embargo, eso tenía sin cuidado al Señor.

Incapaz de decidirme a llamarlo, vacié una botella de sotol, buscando consuelo en el ardor de la garganta, tratando de olvidar el miedo de llamarle para decirle que no podía hacer su trabajo.

Tirado de bruces en el piso, vi que volvía a amanecer. La cabeza me daba vueltas. Mi lengua era una lagartija reseca.

Ya no podía seguir aplazándolo. Abrí el celular; marqué el primer número. Sonó una, dos veces. Iba a colgar.

Contestó antes del tercer llamado.

—¿Qué pasó, mijo? ¿Ya se lo echó al plato?

No podía hablar. Los labios se me habían fundido.

—Güero. Mijo. ¿Bueno?

—Aquí ando, patrón.

—¿Qué pues, morrillo? ¿Yastuvo? ¿Le deposito su resto?

—No va a ser necesario, patrón.

—Adió. ¿Me lo va a regalar?

—No, mi jefe. Sucede...

Callé.

—¿Qué, pues?

—Que no lo voy a matar.

Silencio.

—No puedo hacerlo —agregué, con un hilo de voz.

El jefe siguió mudo.

—Yo... yo le deposito su adelanto, jefe. Nomás déme unos días para completar un pellizquito que le di.

—Tengo miedo —dijo, tras varios segundos—, mucho miedo.

—¿Porqué, patrón?

—Porque, con perdón, ¿verdá? Pero si a este móndrigo hasta los alacranes le tienen miedo, pos sí ha de estar muy cabrón.

No supe qué decir.

—No te preocupes del pellizquito, Güero. Espero el depósito mañana. ¿Ya tienes mi cuenta?

—Desde hace varios años, patrón.

—Nomás te doy un consejo, de compás, Güero.

—Dígame, patrón.

—Te estás ablandando, morro. En este negocio no hay lugar para los viejos. Más te vale que no vuelva a saber de ti. Nunca.

—Sí, señor, gracias, señor.

—Ai nos vemos, Güero.

—Nos vemos, patrón.

Colgué, sólo para enterarme que no había en Ciudad Portillo sucursal del banco donde el jefe manejaba su caja chica. Tenía que manejar doscientos kilómetros hasta la más cercana, en Zopilote.

Lo único que me consoló fue el ronroneo de mi motor. Nomás que ya no me sonaba como un león. Parecía más un gatito temeroso.

Doce horas después los tres observan la caída del agua desde el lado canadiense del Niágara el otro lado de la frontera se ve más sucio más peligroso Obrad piensa en la frontera entre Hungría y Latveria Fer y Lizzy en Tijuana ¿vamos? vamos arrancan el auto para cruzar el puente hacia Buffalo manejan por turnos pasan Nueva York de largo en Cleveland Obrad entra a una tienda de armas compra una Glock 9 mm y dos automáticas Heckler & Koch no le piden más que una identificación el pasaporte es suficiente sale con el arma envuelta en una bolsa de papel casi siente su energía radiarlo desde el empaque esperan a que caiga la noche metiéndose ácidos y tomando café en un McDonald's al oscurecer estacionan el auto de Obrad en un centro comercial lo abandonan para robar otro compacto un Matsui 2007 en el que salen del malí lo que sigue es asaltar un Seven-Eleven Obrad va al frente con un pasamontañas tejido en Chiapas regalo de Lizzy Fer viene detrás ella se queda al volante en el coche encendido give us the money fucking wog le gritan al empleado paquistaní el moreno se queda paralizado del miedo no debe de tener más de diecisiete ni siquiera le sale barba the money pendejo!!! grita Fer el tipo no se puede mover antes de que cualquiera de los tres reaccione Obrad le vacía el cargador al empleado ¿qué hiciste cabrón? ahora sí ya valimos madre sin escuchar al mexicano Obrad toma el dinero de la caja y una barra de Snickers salen disparados antes de que llegue la patrulla en quince minutos van por la carretera hacia el sur siempre hacia el sur quince dólares había quince putos dólares en la caja pendejo y tú mataste a ese güey ¿estás loco o qué chingados? grita Fer pero Obrad no puede escucharlo viene disfrutando del golpe de adrenalina y de la erección que se le abulta en medio de las piernas sigue gritando y te mato también a ti murmura Obrad Fer se calla él y Lizzy saben que habla en serio continúan el viaje en silencio hasta la siguiente ciudad hasta el siguiente asalto a Obrad le gusta imaginar que a medida que devoran millas van trazando una línea roja sobre el mapa de norteamérica una cicatriz dibujada con sangre y balas aprovechando que ambas son baratas aquí en la tierra de la libertad pronto la lista de ciudades se van sucediendo en un itinerario errático que deja en cada una un muerto y un auto robado Pittsburgh Columbus Indianápolis Kansas cuando llegan a Amarillo, al norte de Texas, Obrad empieza a oler el sur aquella tierra extraña que imagina como una mezcla de las películas de luchadores y un gigantesco burdel wellcome to Tijuana tequila sexo marihuana canturrea Obrad todo el tiempo mientras se atragantan en un burger toman la decisión de no bajar hacia Dallas y Houston Obrad quiere entrar a México por TJ Lizzy y Fer no lo dicen pero desean que esta pesadilla acabe pronto ¿cuántos muertos? uno en cada asalto saben que su amigo goza matar como los tiburones dice Fer un día mientras Obrad duerme como los alacranes corrige Lizzy que empieza a sentir miedo miedo por la expresión vacía y aburrida que ha visto en los ojos de Obrad al jalar el gatillo lo que ignoran es que su amigo no duerme los escucha atentamente en silencio piensa que nunca ha visto un alacrán vivo ni un tiburón en Albuquerque entran a un Seven-Eleven para desconcierto de Fer Obrad toma un six

de Miller y la paga cuando el empleado un indio piel roja les da la espalda para registrar el pago Obrad dispara fue para ahorrar tiempo explica a los chicos de vuelta en el coche abre una cerveza y la vacía de golpe salú dice Obrad imitando el acento norteño de sus acompañantes en Tucson un operativo policiaco tiene bloqueada la entrada a la ciudad sorry sir we have to register your car is there something wrong officer? pregunta Lizzy con su acento californiano no m'am it's just that there's been a big bank robbery nearby and we're checking every car coming into town los tres caen en la cuenta de que traen un auto robado apenas metan las placas a la computadora se acabó el juego Obrad que viaja atrás se pone muy nervioso sus dedos se crispan alrededor de la cacha de la Glock sin que el contacto con el arma le reconforte el policía está a punto de pedirles que se bajen cuando su compañero lo llama a la patrulla después de los tres minutos más largos de sus vidas el oficial vuelve good news guys dice sonriendo les anuncia que los asaltantes fueron localizados en un suburbio cercano pueden continuar su camino and have a nice day have a nice day too pendejo murmura Obrad sin lograr distensar su mano sobre el arma en el siguiente Burger King Lizzy pone un ultimátum se acabó cabrón dice ya me cagó andar jugando a Mickey y Mallory no estás tan buena Lizbitch escupe Obrad ya párale Ob se envalentona Fer nos queremos bajar de tu ráite don't Ob me asshole estallan los gritos en la mesa el guardia de seguridad los saca del local las pistolas se habían quedado en el auto si no habría un muerto nuevo se acabó Obrad Fer y yo tenemos miedo somos artistas no asesinos jamás en su vida Lizzy había escuchado una risa de burla más lacerante pero la cara de loco de Obrad le impide decir nada artistas my ass! horas después Obrad propone un trato ustedes vienen conmigo a Mazatlán a partir de ahí estoy solo hasta Zihuatanejo ustedes pueden volver llorando con sus papas narcos I don't give a fuck a partir de este momento viramos hacia el sur no más Tijuana en línea recta hasta su país asaltamos un par de bancos en la franja fronteriza y cada quien para su casa deal? los dos chicos asienten saben que no tienen alternativa casi veinticuatro horas después está amaneciendo sobre la carretera el asalto en Perros Muertos fue un éxito también en la casa de cambio de Moridera Obrad maneja hacia Zopilote, ahora a quince kilómetros es la enésima vez que se repite el disco de música waste de Lizzy pero al esclavo ya no le importa lanza la botella vacía de Wild Turkey por la ventana ahora prefiere tequila atrás sus dos amiguitos duermen es totalmente de día cuando entran al pueblo Obrad da un par de vueltas en el Sentra azul robado en la carretera antes de dar con el banco hora de trabajar dice a sus acompañantes siente el peso tranquilizador de la Glock en su mano Lizzy tú nos esperas Fer te toca venir conmigo disfruta ver el miedo en la cara del chico antes de apearse toma un puñado de las anfetaminas de Fer y se las baja con los restos de una cerveza que le saben a orines de perro ambos descienden al calor abrasante del desierto vestidos de negro el rostro enfundado en los pasamontañas pinche Obrad ésta es la última vez cabrón protesta Fer al cargar su pistola la última güey dice Obrad y avanzan hacia el banco en cuyo

estacionamiento sólo hay un auto un Impala 70 negro con llamas pintadas en los costados nice car dice Obrad yep repone Fer en el interior únicamente hay un cliente otro hombre también vestido de negro esto va a ser fácil piensa Obrad al tiempo que grita con marcado acento eslavo todos al suelo o se los carga la chingada cabrones porque esto es un asalto.

SEGUNDA CAÍDA

Nos vamos a morir

Al principio no entendía lo que gritaba el muchacho.

Hasta que volteé a verlos no supe que era un asalto.

Me llevé la mano a la sobaquera sólo para encontrarme con un gigantesco vacío ahí donde debería estar la cacha de mi pistola.

Mala idea, dejar mi arma en la cajuela del coche.

Mala idea, querer retirarme justo ese día.

Mala idea, querer depositar el adelanto del jefe a primera hora.

Peor aún, ser el único cliente en el banco.

—Ya lo oyeron, pendejos, esto es un asalto —gritó el segundo, que hablaba mejor el español.

Instintivamente levanté las manos, sin quitarles la vista de encima. Tras varios segundos noté sorpresa en sus rostros. Malditos aficionados.

Sólo entonces supe qué es lo que los había extrañado.

El silencio.

Volteé hacia el mostrador para descubrir a los empleados sonriendo, protegidos detrás del vidrio a prueba de balas. Un zumbido, casi imperceptible al principio, elevó su intensidad en la medida que se escuchaban varias sirenas de patrulla aproximarse.

Hasta los dos guardias de la policía bancada sonreían, las manos aún en alto. Sabían que la mayoría de los asaltabancos no son asesinos.

La mayoría.

Los primeros disparos fulminaron a los de seguridad. Me sorprendió la manera de tirar del muchacho, probablemente gringo pese a que el acento era diferente. Sólo un militar o policía con entrenamiento puede disparar así una Glock.

La cara de los empleados cambió cuando el gringo metió el arma entre dos de los vidrios blindados.

—Billetes pequeños. No marcados. Todo lo que haya en efectivo. Si haces una pendejada, te carga la chingada —dijo con ese acento extraño mientras con la otra mano sostenía una mochila Jansport roja.

Parado a unos centímetros de él, me tranquilizó pensar que no se molestarían en robarme mi dinero, estarían contentos con lo que se llevaran de la caja; yo podría depositar el adelanto del patrón en otra sucursal.

«Ob, ya llegó la policía», gritó el asaltante mexicano, nervioso, que vigilaba la puerta.

La cara de fastidio del otro, de espaldas a su socio mientras le entregaban el dinero, me puso nervioso. A mí.

—Eres un pendejo —escupió con rabia.

Realmente lo era. Uno nunca llama a sus cómplices por su nombre. Ni por su apodo. No en un asalto. Casi me dieron ganas de madrearlo. Por güey.

Lo hubiera hecho de no haber sentido el brazo del tal Ob cerrarse alrededor de mi cuello.

—Llévate esto —murmuró a mi oído con una extraña amabilidad mientras me entregaba la mochila—, que tú vienes conmigo.

El gringo balín disparó al techo, provocando el pánico entre los empleados. Me llevó hasta la puerta. Era más alto que yo.

—Yo voy primero, tú me cubres desde aquí —ordenó al mexicano, al que me hubiera gustado decirle que le quitara el seguro a su pistola, una Heckler and Koch nuevecita, pero antes de que pudiera estábamos afuera del banco, rodeados de policías que nos apuntaban.

—¡Tengo un rehén, pendejos, si no me dejan ir este güey se muere!

Muy extranjero, pero se había aprendido todas las groserías bien.

—¡Ob!

Fue el único momento en que su rostro mostró miedo. Una morrilla con el pelo azul bajó de un auto estacionado junto al mío y corrió hacia nosotros. Se podía leer el pánico en sus cejas torcidas, en la humedad desbordada de los pozos gemelos de sus ojos.

Lo abrazó a un lado de mí. Temblaba. Chilló:

—Perdóname, perdóname, perdóname...

Él no bajó su arma, pero pude sentir por primera vez su miedo.

—Fer y yo te íbamos a dejar solo, no pensamos que le dirías que bajara contigo...

Ob volteó hacia la puerta del banco, para ver a su compañero. Dejó escapar lo que supuse sería una obscenidad furiosa.

Su expresión de miedo se transformó en rabia. Concentrada, viscosa.

—¡Teníamos miedo, Ob!

—Cállate, puta —susurró como si cada palabra le quemara los labios.

—Nosvamosamorinosvamosamorinosvamosamorir... —gemía ella.

Una bofetada seca enmudeció a la vieja. Yo hubiera hecho lo mismo. O algo peor.

Ob, la mujer y yo estábamos en medio de un cerco de ocho cañones de escopeta que apuntaban hacia nosotros. El otro muchacho nos observaba desde las puertas del banco.

Era obvio que los cuicos no le creyeron al gringo que yo era su rehén. No con una cara como la mía.

Y yo desarmado, carajo.

—Las llaves de tu coche —murmuró Ob.

—¿Qué?

—Dame las llaves de tu coche, pendejo.

Sonó algo así como peindeyjo.

—¿Estás loco? Es mi coche.

Me acercó el cañón de su Glock, aún caliente, a la sien.

—Que me las des.

—Déjate de mamadas, gringo, ya te cargó la chingada —ladró un policía a través de un altavoz.

Tenía razón.

—Sólo si yo manejo —dije.

—¿Qué?

—Sólo si yo manejo. No tienes otra oportunidad. Éstos son policías de pueblo, pero la judicial del estado debe venir en camino. Junto con la federal y las fuerzas especiales. Si no nos vamos en treinta segundos, ya valiste madre. Y no nos vamos a ir si no manejo yo.

Lo pensó un par de segundos.

—¡Éste güey y su hija vienen conmigo! ¡Si hacen cualquier cosa, se mueren!

Comenzamos a caminar muy despacio en dirección a mi auto. Podía sentir las miradas de los policías de un lado y la del otro asaltante, el tal Fer, observándonos desde el banco.

Abrí la puerta y la morra se deslizó hacia el asiento trasero. Lloraba en silencio por el madrazo.

Subimos los dos y encendí el motor, que volvió a sonarme como un león.

Eran policías de pueblo, acostumbrados a sacar borrachos de cantinas. No estaban preparados para esto. Sus refuerzos no llegarían a tiempo.

Puse reversa para salir. Arranqué despacito hacia ellos. No tuvieron más remedio que abrir el cerco. Apenas lo íbamos franqueando cuando se escuchó un alarido feroz.

—¡¡¡¡Hijo de la chingaaaada!!!! —aullaba el otro asaltante desde la puerta del banco. Sin pensarlo, corrió detrás del auto.

Aceleré.

Por el retrovisor pude verlo apuntar su arma hacia nosotros, concretamente hacia la cabeza del gringo, antes de brincar en la grotesca danza que bailan aquéllos que son alcanzados por una lluvia de balas.

Un premio de consolación para la policía.

De no haber tenido puesto el seguro de su arma, la cabeza de mi copiloto habría volado en pedazos.

Estoy seguro de que éste lo sabía, porque iba sonriendo.

Nadie le queda a deber a un traficante de armas

Como todas las mañanas, el Señor se levantó muy temprano para dar varias vueltas corriendo al patio del penal, despejado especialmente para él.

Desayunó después una mimosa, machacado con huevo, tortillas de harina y café, todo preparado y servido en su comedor privado por Pancho, su asistente personal, antes de recibir un masaje.

Sólo entonces se sentó en su celda-despacho a leer los periódicos.

Era por cierta deformación profesional, como la llamaba, que acostumbraba leer la nota roja antes que otra cosa.

En todos estos años se había convertido en un auténtico gourmet de la sangre impresa. Tanto, que había establecido categorías dentro de las secciones de crimen en los periódicos.

Despreciaba, por ejemplo, las notas sobre accidentes automovilísticos o desastres naturales. ¿Qué interés podía tener la muerte provocada por el vicio, el descuido o la furia del mar o la tierra?

Un poco mejor clasificaba los decesos provocados por incendios, accidentes caseros o laborales, incluidos descarrilamientos de trenes y avionazos.

Más arriba en su escala situaba las muertes ocasionadas por la furia descontrolada: riñas callejeras, asesinatos pasionales, ajustes de cuentas. Toda aquella tragedia sazónada por las bajas pasiones humanas (¿había de otras?). Si intervenía un arma, mejor.

Las muertes violentas provocadas por el crimen, asaltos fallidos, tiroteos entre bandas, ajusticiados por el narco, secuestros malogrados, venganzas entre capos, jueces ajusticiados, soplones aniquilados, le deleitaban aún más.

La auténtica cereza de su pastel, un manjar escaso y por ello apreciado, era la muerte cuidadosamente planeada de un desconocido. Los asesinatos en serie y los atentados terroristas le parecían expresiones artísticas despreciadas por la academia tradicional que deberían laurearse como la poesía o la arquitectura. ¿Qué podía ser más bello que la planeación obsesiva de un atentado? ¿Qué expresión más elocuente de la condición humana que la repartición democrática, aleatoria, de la defunción prematura?

Por ello conservaba colgada en la pared de su celda la ampliación enmarcada de una foto de Enrique Metinides, legendario reportero gráfico de nota roja.

En la imagen, el cadáver de una mujer recién prensada entre un auto y un poste de luz devolvía una mirada desafiante al observador.

Se trataba de una señora de aspecto distinguido, casi bella, atropellada en la ciudad de México algún día de la década de los setenta.

Pese a no pertenecer a su categoría favorita de muerte, para el Señor esa imagen era poesía pura. Nadie nunca se atrevió a cuestionarlo.

Un día su hija lo había llevado a ver una exposición en Londres. El Señor prefería

Las Vegas que Europa, pero su nena gozaba de la total devoción del capo, sobre todo desde que la mamá había volado en pedazos durante un atentado con un coche bomba cuyo objetivo era él mismo.

Aquella muerte no le había parecido poética.

La exposición era de un fotógrafo gringo, un tal Watson o Wilkins, que se deleitaba fotografiando cadáveres en las morgues de Francia y México.

Al Señor le parecía que las fotos carecían del encanto de las que decoraban los periódicos todas las mañanas, pero accedió a comprarle a su hija un par de imágenes.

En una de ellas un hombre decapitado posaba desnudo sobre una banca. En la otra, la cabeza de ese mismo sujeto, la tapa de los sesos arrancada para la autopsia, había sido rellena con peras y manzanas para hacer de frutero.

—No entiendo el arte moderno, hija, pero si te gusta... —dijo el hombre mientras firmaba el cheque para el galerista.

De vuelta a los periódicos, esa mañana, la prensa nacional había publicado no pocas historias de muertes violentas.

Una muerta más en Juárez. El caso le había interesado al principio, pero le aburrió rápidamente. Lo mismo sucedía con el asesinato de ancianas de la ciudad de México, que había cobrado una víctima más.

«Jefe de la Policía Judicial, ajusticiado en Chilpancingo», leyó en otro encabezado. Claro, el Kalhúa. Lo conocía bien, era lo que al norte llaman un auténtico malandro. La nota, sin embargo, careció del factor sorpresa. El propio Señor había ordenado matarlo.

«Y es que nadie le queda a deber a un traficante de armas. Aunque esté en la cárcel», pensó divertido.

Tráfico de armas. Ése era el delito que la procuraduría le había fabricado para meterlo al bote. Ambas partes sabían que era falso, pero sus abogados habían recomendado al Señor pasar unas vacaciones en el tanque mientras se enfriaban las cosas.

«Bueno, al fregao Al Capone lo agarraron por evasión fiscal», pensaba para consolarse.

Sólo entonces le volvía la rabia, evidenciada por el enrojecimiento de los lóbulos de sus orejas, al recordar al gordo Botti, su antiguo contador, un genio de las finanzas educado por el dinero del narco en la Universidad de Chicago.

Era un especialista en blanquear dinero, «pero muy maricón», recalca el Señor cada que se acordaba de que había sido el propio gordo quien había cantado con el nuevo procurador federal. A él le debía sus vacaciones pagadas por el Estado mexicano.

«No se fue limpio el cabrón», gustaba agregar el Señor cada vez que recordaba cómo se habían hecho cargo de su esposa antes de que desapareciera como testigo protegido de la procuraduría.

Estaba mascando sus rencores añejos cuando dejó la nota roja para leer las

editoriales. Ahí descubrió una nota criminal colada en la primera sección junto a la imagen de un muerto que debería estar vivo.

«Narcojunior metido a asaltabancos», decía el encabezado junto a la foto del Fer, hijo del Picochulo Figueroa, su paisano y compadre.

Sintió la sangre hervir. Fer era ahijado del Señor.

Leyó la nota, sintiendo cada palabra leída como un alfiler clavado en sus pupilas.

Una gota diminuta nació en el lagrimal de su ojo izquierdo. Se deslizó por las mejillas en camino a la quijada cuidadosamente afeitada por Pancho.

Al caer, se estrelló en medio de la cara impresa de su ahijado, que lo observaba en una foto de archivo desde la página del periódico.

—¡Pancho! —bramó el Señor, la cara teñida de grana.

—¿Señor? —El asistente encontró a su jefe con las manos crispadas sobre el diario; le hizo pensar en un zopilote asiendo un perro muerto.

—Comunícame con mi compadre Picochulo. Alguien, un pendejo, nos acaba de declarar la guerra y no sabe con quién se metió.

—Sí, Señor.

—¿Sabes si el fregao Güero ya nos depositó?

—No, Señor, acabo de revisar el saldo.

—Móndrigo malandro, ya me enfadó. Le hablas también a Tamés y el gordo, para que se lo despachen.

—Sí, Señor.

—Y me comunicas también con el procurador del estado. Creo que vamos a salir unos días de aquí.

—Sí, Señor.

De la columna «Vida pública», del periódico Reforma (1)

¿Qué sucede al noroeste del país? Pareciera que una vez más —de nuevo—, alguien dejó abierta la puerta a los demonios en este nuestro México. Y créame, mi amigo, se volvieron a soltar.

Como si no fuera suficiente la resaca poselectoral y el desorden inmediato a la toma de posesión, cada estado parece querer contribuir a las jaquecas de nuestro flamante presidente.

El último escándalo político, aprovéchelo mi amigo antes de que pase de moda en quince minutos, ha sido la misteriosa aparición del cadáver de un frustrado asaltabancos al norte de la República, en uno de aquellos lugares que los mapas comerciales no alcanzan a marcar.

Hemos estado atentos a la efervescencia política de la capital. Hemos vigilado los disturbios de Guadalajara y Monterrey, así como las revueltas sindicales en Puebla y Tampico. Vaya, hasta atestiguamos la violencia de la narcoguerrilla en lugares como Reynosa, San Luis, Río Colorado y Mexicali. Pero ¿quién, dígame usted, quién estuvo alguna vez al pendiente de un pueblo polvoso con el improbable nombre de Zopilote?

Pues ahí, durante la mañana de ayer, en un asalto a la única sucursal bancada del pueblo, hecho que tomó por sorpresa a la policía municipal de un lugar donde nunca sucede nada, se armó una balacera con una sola víctima. Uno de los asaltantes.

¿Qué de importante tiene esta nota, como para ser motivo de esta humilde columna? Casi nada, simplemente que el ahora occiso, como escribiría el maestro Eduardo Téllez, es nada menos que Fernando Figueroa Rojas, y si este nombre como de actor de telenovelas baratas no le dice nada es porque su padre es el que se ha hecho tristemente famoso.

Así es, Chimino Figueroa Figueroa alias El Picochulo no sólo es el padre de Fernando, sino uno de los narcotraficantes más buscados de ambos lados de la frontera, con el dudoso honor de estar entre los diez criminales más buscados del FBI.

Honor que hasta hace poco compartía con su cómplice coterráneo de Constanza, Sinaloa, el temible Eliseo Zubiaga alias El Señor, recientemente encarcelado por el equipo entrante del procurador Vargas Martínez, acaso en un intento de dar un golpe espectacular para mejorar la deteriorada imagen de la Procuraduría Federal.

(Entre paréntesis, se dice en los pasillos del poder, se susurra en las sobremesas y se murmura en las ruedas de prensa que El Señor no durará mucho a la sombra. Las débiles pruebas aportadas por la fiscalía parecen palidecer ante la feroz defensa del veterano abogado Edgardo Beltrán. Se dice que los cargos ni siquiera son por delitos contra la salud, sino que están relacionados con el escándalo de aquella compra de

submarinos nucleares a la marina rusa, pero ello será el tema de una futura columna).

Volviendo a quien en vida se llamara Fernando Figueroa, fuentes cercanas a esta columna lo tenían ubicado en un exilio en el Canadá, manteniendo un perfil muy bajo para evitar algún ajuste de cuentas.

Más allá de una fuerte adicción a las anfetaminas y el LSD, surtidos por la misma gente del cártel de su padre, vinculados localmente con la mafia haitiana, el muchacho parecía ser básicamente un ciudadano respetuoso de las leyes. No hay registro ni de que se hubiera pasado ni un alto (y usted sabe, amigo lector, cómo se las gastan los canacas con esos detalles).

Pues bien, ayer Fernando apareció muerto a más de seis mil kilómetros, en un pueblo cercano a la frontera, rodeado de kilómetros de polvo y desierto.

Desde luego, muchas son las preguntas que despierta esta muerte. ¿Qué hacía Fernando Figueroa en México? ¿Qué hacía en medio de una balacera, asaltando un banco a mitad de la nada? ¿Quiénes eran sus cómplices y porqué la policía local los dejó huir? ¿Estaba en contacto con su padre? ¿Fue muerto por orden de algún enemigo del cártel del Picochulo?

Los detalles de los hechos, desde luego, se mantienen en secreto «para no entorpecer las investigaciones». Ya lo sabe usted, pobrecitos policías, no los dejan hacer en paz su trabajo.

Algo muy feo se está cocinando en los sótanos del narcopoder en este país, amigo lector. Y mientras no se sepa qué es para poder detenerlo, ni usted ni yo ni los demás hijos del Picochulo estaremos seguros, secuestrados por una guerra en la que no se toman prisioneros.

Pensaron que eran de los nuestros

El capitán Luis Sergio Tapia, director de la División Antiasaltos para la región noroeste de la procuraduría entró a su despacho echando chispas.

Le esperaban temerosos los catorce coordinadores zonales a su cargo, convocados a junta urgente.

Tapia, veterano policía judicial, exjugador de fútbol americano, lanzó contra su escritorio un periódico señalado y resaltado por los asesores de la procu.

—¿Ya leyeron la columna del Negro Aguilar?

Silencio.

—¡¿Ya la leyeron?!

Lo habían hecho. De eso se trataba la junta. Todos asintieron. Pocas cosas dan más miedo que el temor instalado en los rostros de un grupo de policías judiciales.

—Como pueden ver, no sólo somos unos pendejos aunque hayamos atrapado al Señor. Además de eso, ahora los narcos le tiran a las escopetas.

Festejó en silencio su juego de palabras y continuó.

—¿Qué hacen estos tres pendejos asaltando bancos en la frontera?

Silencio de nuevo. Ortega, el responsable de la zona, levantó la mano.

—¿Qué?

—Los que los dejaron ir fueron los de la municipal, Capitán.

—Claro, porque pensaron que eran de los nuestros. ¿Desde cuándo nos han importado los rehenes civiles?

—Pero entonces —intervino Armengol, vecino de zona de Ortega—, ¿por qué le dispararon al Picochulito?

—Porque el idiota salió del banco, donde lo habían dejado adrede, dispuesto a disparar. Con el pequeño detalle de que no le quitó el seguro a la pistola. Una Heckler and Koch nuevita que por cierto me quedé yo —dijo Tapia.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Se sabe quiénes son los que huyeron? —preguntó por no dejar López, que coordinaba la zona más alejada de la de Ortega y al que el asalto francamente le valía madre.

—Sí, tenemos identificado a uno —dijo Tapia mientras abría histriónicamente un fólder—; un tal Ramírez Montelongo, alias el Güero. Matón a sueldo, de entre toda la gente posible, de varios de los peces gordos del cártel del Picochulo. Sospechamos que los otros dos, una pareja de morritos, son gringos.

Guardó un silencio calculado mientras levantaba la vista hacia los presentes como personaje de serie televisiva.

—A mí, todo esto me huele muy mal, pero el asunto de los narcos me tiene sin cuidado, que se encargue de ellos Monta —dijo, refiriéndose al director de narcóticos y delitos contra la salud—, a mí me importan los asaltos. Y estos cabrones exgatilleros se están queriendo meter al negocio.

Tomó aire para asestar su golpe final:

—Así, caballeros, que tienen cuarenta y ocho horas para traerme aquí a esos malandros que nos quieren comer el mandado. Porque en este país, en el noroeste por lo menos, los que asaltan los bancos somos nosotros.

Tamés y el gordo (4)

Por enésima vez, en su intento por alcanzar al correccaminos, el coyote se quedó con un cartucho encendido de dinamita entre las manos. Sus ojos, dos globos amarillos rellenos de angustia delataron la inutilidad de huir de su destino cíclico. Volteó hacia la cámara, rompiendo el cuarto muro brechtiano, y se despidió con un manoteo patético, resignado ante la inminente explosión.

Cuando la pantalla se llenó de humo, el gordo se retorció de risa en el suelo. Al fondo, Tamés, despeinado con la barba de días y la camisa desfajada, fumaba un cigarrillo tras otro, los ojos inyectados por los litros y litros de café bebidos.

La llamada que esperaba sonó en el celular. Tamés contestó sin revisar el identificador de llamadas. Sólo una persona tenía ese número.

—¿Entonces qué, señora, cómo vio el video? ¿Paga o no paga?

—Habla Pancho.

—¿Pancho? ¿Qué Pancho? Número equivocado, idiota, fíjate al marcar...

—Tamés, el Señor quiere hablar contigo.

La sangre se le heló. Casi se tragó la colilla humeante que mordisqueaba.

—¡P-Pancho! ¡¿Cómo estás, hermano?! ¿Cómo está el patrón?

Lo oyó pasarle el teléfono al Señor.

—Tamés, mijo.

—¿Qué pasó, patrón? ¿Cómo andamos? Supe que andaba guardado.

—Andaba, mijo, ora ando fuera haciendo un encarguito. Pero les hablaba porque tengo un jalecillo para ustedes dos.

—Usted dirá, jefe.

—¿Conoces al Güero, uno de Lerdo...?

Desde su helicóptero particular, camino a su rancho cerca de Constanza, Sinaloa, el Señor explicó a Tamés la situación, el trabajo que le había encomendado al Güero así como el pueblo a donde lo había enviado.

—... y a mí nadie me hace pendejo, mijo. ¿Cómo ves?, ¿se lo echan?

—Faltaba más, mi jefe.

—¡Éses mijo! Yo le digo a Pancho que te deposite tu adelanto. Ah, una cosa más, mijo.

—¿Señor?

—La próxima vez que secuestren a alguien no la chinguen usando un móndrigo celular de tarjetas. Ai la vimos.

—Adiós... patrón.

Se quedó viendo el teléfono largo rato después de que colgaron. Se sintió ridículo, persiguiendo siempre negocitos pepiteros mientras eran otros, como el Señor, los que se llevaban los pesos de verdad.

Se odió a sí mismo.

Lanzó el teléfono contra la pared, haciéndolo añicos.

Furioso, desenfundó su arma y la descargó contra el hombre que tenían amarrado a una silla en el fondo de la habitación, sobresaltando al gordo, que seguía viendo caricaturas.

—¿Y ora? —preguntó el grandulón con su voz de niño, arrancado de la tragedia de Will E. Coyote.

—Empaca tus chivas. Nos vamos de aquí. Tenemos una chamba.

—¿No estábamos esperando el rescate de este güey? —señaló al fiambre, aún humeante.

—De cualquier manera no iban a pagar. Jálale.

Aquí la víctima soy yo

Pasaron muchas horas antes de que detuviera el auto en medio del desierto, bajo la noche estrellada.

—¿Qué pasa? —preguntó el muchacho, que seguía apuntándome con su Glock. Atrás, la chica nos observaba.

—Abajo —dije mientras me colocaba un Príncipe en la boca.

—¡¿Que qué?! Mira, hijo de la...

Le pegué. Como no le pegaba a nadie hacía años. Aprovechando su confusión abrí su portezuela y lo lancé fuera del auto. Me aventé sobre él, pateando la pistola bien lejos.

Peleaba bien.

Nos dimos duro. Tenía la ventaja de estar montado sobre él, lo que me permitía azotarle la cabeza sobre el suelo rocoso mientras él me golpeaba.

Desde el coche, la perra gritaba.

—¡Párenle, cabrones! ¡¡Párenleeee!!

Después de varios minutos me venció el cansancio. Le di un último trancazo que le hubiera reventado la mandíbula a cualquier otro pero que a éste nomás lo aflojó.

Me levanté tambaleándome. Me había cerrado un ojo el desgraciado.

Caminé al coche. La vieja no dejaba de gritar. Debí pegarle, pero sólo la aventé contra el piso. No sirvió de nada porque siguió berreando.

—Quiénte crees pinche pendejo tú nos sabes quiénes mi padre desgraciado perote has de zurraren los pantalones cuando te pongan en la madre hijo de la chingada...

Se calló cuando vio que abrí la guantera para sacar mi Colt; sólo me coloqué la sobaquera en su lugar para encender el Príncipe que me había puesto en la boca minutos antes.

Me supo a gloria.

Atrás de ella, el morro se levantó como un muerto viviente. Lo parecía.

Di otra chupada al cigarro. Exhalé, paladeando el humo. Escupí al suelo un gargajo que aun en la oscuridad de la noche supe que era rojo. Cuando tuve la atención de los dos comencé a hablar. Despacio, casi en un susurro.

—En este momento, la vida de ninguno de nosotros vale un centavo.

No parecieron reaccionar. Continué:

—Ustedes asaltan un banco. Muy bien. Nomás que ése es un negocio de gente grande. Además tú, güerito, mandaste al pendejo de tu amigo con el seguro del arma puesto. Se ve que nunca había tirado...

Los ojos de ella se abrieron como platos. Volteó a verlo con una expresión que no pude descifrar.

—... y eso le costó la vida. Tenemos un muerto, un asalto. Además, me toman preso, como los viles aficionados que son.

—Yo no hice nada —graznó ella. No la pelé.

—Si hubieran agarrado una viejita, un cura, un oficinista, hasta un guardia del banco, no pasa nada. Salen disparados, como nosotros, y como a esta hora lo bajan, lo acuestan en el piso bocabajo y lo matan. Tantán, siguen su camino hasta el siguiente pueblo, hasta el siguiente banco. Y así, hasta que les caiga la gente grande para ponerles en la madre por andar jugando en su solarcito...

—Yo no hice nada.

—... sólo que al que tomaron por rehén soy yo. Da la casualidad que estaba en ese banco ojete de pueblo porque debía hacer un depósito para alguien muy importante. Era necesario que ese dinero estuviera en su cuenta a primera hora. No lo hice. Gracias a ustedes...

—Yo no.

—... ahora esa persona debe estar muy enojada. Tanto, que no va a querer saber nada de mí como no sea que me entierran pasado mañana. ¿Y dónde ando yo? En medio del desierto con dos chamaquitos pendejos jugando a Bonnie y Clyde...

—¿A quién? —preguntaron los dos.

Suspiré.

—En fin. Debería matarlos, ponerle un par de balas a cada quien en la nuca y dejarlos aquí para que merienden los coyotes y sus huesos se blanqueen al sol. Nadie va a pasar por esta carretera olvidada en semanas. Sólo que entonces, ¿qué? ¿A dónde corro? ¿En dónde me escondo? ¿Para qué quiero más muertos? ¡Aquí la víctima soy yo!

Me veían con unos ojotes. Por un segundo casi me dieron ternura. Estaba a punto de estirar la mano hacia la cacha de mi pistola cuando el chavo dijo:

—Perdón.

—¡...!

No era posible. No podía haber dicho eso.

—¿Cómo?

—Perdón, dije que perdón —repuso con la vista baja, moqueando. Ella comenzó a llorar.

El corazón se me hizo de pollo. Los ojos, de agua.

Pensé en cómo nos veríamos. Dos grandulones hechos para el combate recién madreados, una morra larga y flaca con el pelo azul, los tres llorando junto a un Impala 70 negro con llamas pintadas en los costados, en medio del desierto.

No me importó. Los abracé.

Sin duda, estaba envejeciendo.

Precisión de mantis religiosa

Poca gente sabía su verdadero nombre, pero todos los que lo conocían lo llamaban el Chino.

Algunos con desprecio, otros con respeto, nadie vocalizaba su nombre con indiferencia. Era un sujeto pequeño, correoso, de cabello escaso amarrado en la nuca en una coleta estropajosa que se adivinaba rebosante de grasa capilar. Sus ojos parecían dos navajazos hechos a una cara de barro aún fresca.

Pese a que lo más probable era que sus pupilas fueran oscuras, había rumores de que las pocas veces que se les había visto al sol resultaron ser verdes. Recordaban más una mirada felina que humana.

El Chino llevaba siempre el ceño fruncido debajo de los restos de un sombrero panamá de origen militar que jamás abandonaba el cráneo de su dueño.

Se le podía encontrar por los congales de la calle Matamoros en Piedras Negras, rondando de cantina en cantina, con una laptop al hombro y un teléfono satelital en la mano, vestido siempre con desechos del ejército gringo que desafiaban el calor infernal.

Nadie podía precisar de dónde había salido semejante freak. Algunos decían que era un exagente de la CIA, otros que de la DEA. Había quien lo vinculaba con el ejército gringo, pensando que era desertor. Los más audaces decían que se trataba un hácker de primera generación al que el Servicio Secreto le había freído el cerebro, un genio idiota.

Escupía las palabras en un español mal recortado al que le intercalaba palabras en inglés, francés y argot de toda latinoamérica; su acento no delataba nacionalidad alguna, era de todos lados, pero, sobre todo, de Piedras Negras, donde se confundía entre la corte de los milagros que inundaba las calles de personajes estrafalarios que ya no sorprendían a nadie.

Lo que pocos sabían es que el Chino era el soplón más confiable de todo el noroeste de la república. Si algo estaba sucediendo, él lo sabía. El qué, quién y en dónde. Cómo lo hacía, era un misterio no resuelto.

Aunque se rumoraba que vendía su información a cambio de tragos de mezcal, en realidad era muy costosa y la cobraba en dólares con una cuenta de PayPal a la que ingresaba el monto desde su terminal antes de soltar prenda. Ello explicaba el porqué cambiaba más constantemente de modelos de computadora y teléfono que de ropa interior.

Fue el capitán Armengol, titular zonal de la División Antiasaltos de la Procuraduría Federal, el primero que encontró al Chino aquella tarde. Éste bebía lentamente un caballito de mezcal en una de las mesas banqueteras del bar Mofo's.

—Buenas, Chino —saludó el policía, sentándose sin invitación.

—Ick.

Armengol pidió tequila con Squirt. Anochecía y los neones de los bares

derramaban su luminiscencia sobre la calle. Pese a la oscuridad, el calor no cedía ni un grado.

Cuando le trajeron la bebida, el capitán brindó con el oriental.

—Salucita.

—Cheers, ése —siguió chiquiteándose su mezcal.

—Y... ¿qué hay?

—Rien, naranjas, nothing, flaco. ¿Qué hay de qué?

—Pues de nuevo.

—De nuevo, ná, majo.

Bebieron en silencio. El capitán acabó su trago y pidió otro. Ofreció una nueva ronda al Chino, que declinó con un movimiento de la mano.

—Y cuéntame, Chino, ¿cuál es la novedad?

El oriental tomó un cuaderno deshojado de la mochila de su laptop y garabateó algo. Se lo tendió a Armengol.

—¿Quinientos dólares? ¿Estás loco?

El Chino se encogió de hombros. Apuró su caballito y dejó una propina sobre la mesa. Se levantaba cuando Armengol, comprendiendo su error, lo detuvo.

—No, no, Chinito, si era broma. Dime dónde hago el depósito.

Mientras tecleaba el pago, el oriental murmuró «Chinito my ass, petit con». Completada la transacción volteó, sonriente, hacia Armengol.

—Un asalto. En Zopilote.

—Sí, así es.

—Dos chavales. Una gachí. Uno de ellos cagó. Hijo de un gallón.

—Eso lo sabe todo México, Chino.

—Lo que nadie sabe —se interrumpió para cerciorarse de que nadie lo escuchaba —, es que el otro no es gringo. Ni canaca.

—Ah, ¿no?

—Nope. C'est une europeanne. Un refugiado de la guerra de los Balcanes. Asilado en Canadá. Cruzaron los tres la frontera por Moridero. Iban armados. Una Glock, dos Heckler and Koch. Brand new.

—¿Cómo sabes?

—Jefe de la garita. Mi pana.

—¿Qué más?

—En asalto toman un rehén. Mala idea.

—¿Quién era? —Armengol quiso tantear al Chino.

—Tú sabes que yo sé que sabes quién es.

El policía se sintió tarugo.

—¿Y la mujer?

—Ah, la mina. Una morochita chévere. Punkera, ella.

—¿Gringa?

—No. Tú quieres saber dónde están.

—Sí.

—En Ciudad Lerdo. Se están quedando en una casa de citas que da al zócalo. ¿Quieres la dirección exacta?

—Sí, sí.

El Chino volvió a garabatear.

—¡Estás loco, cabrón! —explotó Armengol.

—Loco, pero no pendejo —se paró, dejando solo a Armengol.

El soplón no caminó mucho antes de llegar al Obi Wan, su restaurante oriental favorito. Tomó una mesa apartada del resto. Pidió fideos con alga y pollo.

Sorbía ruidosamente su sopa cuando alguien se le unió en la mesa, de nuevo sin invitación.

—Buenas noches —dijo Tamés.

—Buenas —secundó el gordo.

El Chino los observó un segundo antes de volver a su sopa. No les dirigió la palabra antes de devorarla. Cuando terminó, cruzó los dedos para observarlos con furia retenida.

—¿Y? —Escupió.

—Eso digo. ¿Y? —Tamés era un viejo conocido del Chino.

El oriental llamó al mesero y pidió una cerveza Tsing Tao. El gordo aprovechó para ordenar un chocomilk.

En una servilleta, el Chino apuntó una cifra. La dobló y deslizó hasta la mano de Tamés.

—¿No se te hace mucho, Chino?

—¿No se te hace poco, johi?

—Mil quinientos. Ni un centavo más.

—Seventeen hundred, ni uno menos.

—Mil seiscientos y tenemos un trato.

—D'accord!

—Entonces, ¿dónde está mi hombre?

—Camino a Torreón. Va a cobrar un antiguo favor.

—¿A quién?

—Un compadre suyo. Gallero metido a padrote.

—¿Dónde los encuentro?

—En Ciudad Lerdo.

—Pinche Chino. Lo dices como si todo mundo conociera ese pinche pueblo.

—Tú y tu amigo lo conocen bien. ¿Ya no se acuerdan de la señora Fernández, del rancho que le usurpaba Trejo?

Tamés sintió enrojecer sus mejillas. El gordo estaba muy ocupado sorbiendo ruidosamente los restos de espuma de su chocolate.

—Bien, Chino, tu información vale cada centavo —se incorporó—, te dejo; como debes saber, el Señor nos hizo un encarguito que nos espera en Torreón y son muchas

horas de camino.

—En Lerdo, en Lerdo.

—Es la misma mierda, hombre.

Ya se iban cuando el Chino alargó una tenaza huesuda para asir el brazo de Tamés, con tanta violencia que logró asustarlo.

—Hay algo más, güerito. Ésa mujer, la jeva que va con tu hombre...

—¿Qué?

—Es muy peligrosa, gato, pólvora pura esa gachí, sobre todo para ti. No good, no bueno.

Tamés suspiró.

—Mira, Chinito, aún no ha nacido la mujer que no le pele el nabo a Ricardo Tamés. ¿Okey?

—El que advierte no engaña, menda.

Se fueron sin despedirse ni pagar el chocolate. El Chino no lo notó o fingió no hacerlo. Cuando el mesero retiró los platos sucios pidió otra cerveza con una orden de arroz frito y brócoli con res en salsa de ostión.

Sin levantar la mirada, el Chino maniobraba los palillos para engullir sus viandas con precisión de mantis religiosa cuando notó algo raro en el ambiente.

Aguzó el oído, buscando qué era lo extraño, para descubrir el silencio que había caído en el Obi Wan inundando sus orejas. Levantó los ojos para encontrarse con la mirada de un antiguo camarada.

—Qué pues, Chino, ¿cómo está, mijo? —saludó el Señor, sentado en la silla de enfrente, su inseparable Pancho de pie al lado.

El oriental respondió asintiendo, silbando como serpiente.

—Ah, qué pelao tan tragón. ¿Alimentándose?

—Aquí nomás, venadeando.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —El Señor buscaba la mirada del Chino, que había vuelto a concentrarse en el arroz.

—Buscas algo. Alguien. Como todos los que vienen a verme.

—¿Y dónde está la gente que busco?

Como él mismo había dicho, el Chino era loco pero no pendejo. Sabía que no podía cobrar esa información. Si es que valoraba la vida.

—El que lanzó a la muerte a tu ahijado se llama Obrad Novoselic.

—Pa su madre. Qué nombrecito.

—Él planeó todo para mandar al Picochulito a una muerte segura y luego huir, fingiendo que llevaba un rehén. La mujer, el falso rehén y el traidor de tu ahijado van camino hacia el sur.

—¿A dónde? —El tono del Señor se había endurecido.

Por el rabillo del ojo el Chino vio que se habían quedado solos en el restaurante. Sintió miedo.

—Ciudad Lerdo, Durango. Una casa de citas que da al zócalo. Pregunta por los

masajes de Lola —esta vez el Chino dejó de hacerse el chistoso mezclando palabras de otros idiomas.

—¿Porqué habría de creerte, cabrón chale? —El Señor entrecerró los ojos con odio concentrado. La mención de su ahijado le había enrojecido los lóbulos.

El aludido masticó un momento, como ignorando la pregunta, llevando la paciencia del Señor al límite.

—Porque si te estuviera mintiendo, acabaría muerto en el desierto.

—Bien. Has sido muy amable, Chino. Pancho, vamos.

Ésta vez fue el oriental el que detuvo al Señor.

—¿No me vas a preguntar quién es la mujer?

—Nop. No me interesa.

Salieron del restaurante dejando a su paso una estela de viento helado que al Chino le olió a muerte. Apuró los restos de arroz con salsa de ostión, bebió más de la mitad de su cerveza de un trago, dejó sobre la mesa el importe exacto de su consumo más la propina en billetes arrugados y salió de ahí para desaparecer de Piedras Negras, para nunca volver a ser visto.

Sabía que algo muy grave se aproximaba. No quería estar por ahí cuando sucediera, ni para contar los cadáveres.

Sin dejar rastro, salió de esta historia de manera tan súbita como entró en ella.

Una perra callejera

Llegamos a Perros Muertos envueltos en una nube de polvo y hastío. Yo había manejado casi toda la noche y Obrad durante la madrugada. Lo primero que había que hacer era deshacerse del auto. Un coche como el mío nos convertía en el trío más identificable sobre la superficie del planeta.

Dejé a los niños en un hotel sobre la carretera. Le dimos a Lizzy la Heckler and Koch restante y les pedí que montaran guardia por turnos en lo que el otro dormía o se bañaba. Que no salieran de ahí.

Busqué un mecánico. No fue difícil dar con uno que se interesó por el Impala.

—Suenas como un relojito, se ve que viene bien calibrado. ¿Cuánto?

Le dije lo que había pagado por él. Se rió.

—No, mi amigo, aquí nadie le paga eso ni por un Rolls Royce. Tendría usted que irse a una ciudad grande. Saltillo o Monterrey. Monclova, ya jodido. Yo cuando mucho le doy la mitad.

Tuve el impulso de sacar la pistola de la sobaquera y meterle un plomazo. Me contuve porque otro muerto hubiera empeorado las cosas. Acepté el dinero con la condición de que me diera un auto para equilibrar las cosas.

—Aístá el comando. Si le interesa...

Era un *jeep* desechado por la armada gringa. Como buen coche de mecánico, excepción hecha de mi Impala, era espantoso pero tenía muy cuidado el motor.

—Cuídamelo, porque regresaré por él —dije mientras encendía el *jeep*—, así tenga que vender pepitas en la Macroplaza, voy a volver por ese auto.

—Andale pues, ya vas —me contestó, burlón.

Encontré a Obrad contando el dinero. O eso pensé porque tenía el cuarto alfombrado de billetes. Entre pesos y dólares había ahí una cantidad que no hubiera imaginado.

Pese a ello, no era el dinero lo que interesaba al morro.

En el baño, con la puerta abierta, Lizzy enjabonaba sus nalgas bajo el chorro helado de la regadera. Su figura se podía adivinar a través del sucio acrílico de la ducha. Lo hacía con lascivia, abarcándolas con las palmas abiertas, los dedos extendidos, deslizando la barra de jabón por el canalillo de sus glúteos, sabiéndose observada, disfrutándolo.

Obrad ni siquiera volteó a verme cuando entré.

Pendejos.

Al escucharme, ella volvió a bañarse normalmente.

—Cierra la puerta, pinche caliente —le gritó a Obrad, que obedeció.

—Whazzup?

—Logré vender el coche. Me dieron cualquier cosa, pero completaron con un *jeep*.

—Wow. Cool.

Lizzy salió del baño, envuelta en una toalla.

—Te toca, güey.

Como siempre, Obrad obedeció. Parecía estar bajo su poder desde que la abofeteó.

Sin inhibiciones, el morro se desnudó ahí mismo para meterse a la regadera.

Ella se sentó en una de las dos camas; no confiaba en mí.

—¿No te vas a voltear? Me quiero vestir, güey.

—Da lo mismo, no me gustas.

—Ni tú a mí.

—Yo me refería sólo a tu cuerpo.

Por la cara que puso, pareció ofendida. Pensé que me lanzaría el cenicero de la mesa de centro. A cambio de ello, abrió las piernas para mostrarme su vaginita afeitada.

He visto muchas mujeres desnudas, con toda clase de sexos, y puedo decir con toda autoridad que ésa era una vaginita. Estrecha, apretada, con pocas horas de vuelo, pese a los anillos con que había perforado sus labios mayores para dárselas de muy mala.

No mostré expresión alguna. Busqué mis Príncipes en la chamarra para encender uno.

—Vístete. Se te va a enfriar —dije después de exhalar el humo.

Si las miradas pudieran matar, hubiera caído fulminado, de no haber sido porque Obrad salió del baño, goteando.

—¿Te bañas?

—No, nunca en medio de un jale —seguí humeando. El trato era el siguiente: yo los sacaba del apuro en el que se habían metido, los escondía un tiempo en lo que se enfriaban las cosas, aprovechando para esconderme yo mismo, a cambio de la mitad de su botín. Una generosa compensación por las molestias que me había ocasionado su travesura en el banco de Zopilote.

Eso o los dejaba rellenos de plomo en medio del desierto.

Por lo que podía ver, aún le alcanzaría a Obrad para instalarse en Zihuatanejo y a Lizzy para volver a Canadá con sobrados márgenes de utilidad.

¿Cuánto dinero puede haber en una sucursal bancaria de pueblo?

Parecía que mucho.

Obrad me agradaba. Había algo en su mirada vacía, en aquellos ojos sin expresión que me recordaba mucho de mi propia juventud. Lizzy, en cambio, era una perra callejera que lo tenía bajo control, sin necesidad de abrirle las piernas más que para mostrarle el pubis como lo acababa de hacer conmigo. Eso lo ponía loco.

A mí, francamente, me valía madre. Ya tenía bastantes problemas pensando qué le iba a decir al Señor después de depositarle su dinero.

—Ahora vengo —anuncié cuando Obrad se vistió.

—¿A dónde vas? —preguntó Lizzy.

—Al infierno, ¿vienes?

—Qué mamón eres.

—No me odies por ser bonito —dije al cerrar la puerta.

A ver si eres tan hombre

—¿Señor Sergio Velas? Tiene una llamada por cobrar desde Perros Muertos, Coahuila, ¿la acepta? —dijo la operadora con tono cansino.

—¿Quién llama? —Mi compadre tenía voz de crudo.

—Soy yo, desgraciao, el Güero.

—¡Compagre! Pásela, señorita, hace mucho que no sé nada deste malandro. ¿Qué pasó, compagrito, ontás?

—Pos en Perros Muertos, Checo, ¿qué noyes?

Era el mismo de siempre. El mismo sujeto despreciable.

—¿Y qué andas haciendo por allá, si está de la cachetada? Mejor vente paraca.

—Deso quería yo hablarte, compadre. ¿Te acuerdas que me debías un favor?

Silencio. Incómodo.

—¿Compadre?

—¿De qué se trata, compagre? Tú siempre has estado metido en muy malos pasos. Cabrón.

—Necesito que me guardes unos días, compa, a mí y a unos camaradas, nomás en lo que se enfrían un poco las cosas en Zopilote. Un guisito que se nos quemó.

—Pinche Güero. Dejaras de ser tú, malvao. Pos claro, compagre, déjate venir con tus compás. Ya sabes que aquí siempre habrá cheve fría esperándote.

—Sí, compadre, lo único es que te pido que no nos guardes en tu casa. Déjanos quedarnos en tu negocio. Lo digo por la Lola y tus niños.

—Achís, achís. ¿Pos qué traís?

—No lo quieres saber.

De nuevo silencio. Tras un minuto demasiado largo el Checo suspiró resignado para añadir:

—Ándele pues, descuélguese, pero nomás unos días.

—Nomás unos días.

—Éses mi Güero. Conque no tiande buscando el cártel de Tijuana, todo está bien.

Me despedí y colgamos. No quise decirle que los que andaban tras de mí eran del cártel de Constanza.

Volví al hotel con una botella de sotol. En el cuarto, Lizzy veía la tele aburrída. Obrad veía a Lizzy.

—La merienda —dije, alzando el pomo.

Obrad se lo tomó muy en serio. En un instante tenía servidos los dos vasos del cuarto.

—¿Y yo, cabrón? —protestó ella.

—Tú te callas —repuso con tal decisión que hasta a mí me impresionó, para luego voltear a brindar conmigo—: Salú.

Ella, molesta, se salió del cuarto sin que ninguno de los dos intentara alcanzarla.

El sotol no es cualquier cosa. Sobre todo cuando tienes el estómago vacío.

Precisamente por ello lo beben los más miserables, para contentarse con el calorcito que produce en la tripa para engañar al hambre.

Pero es traicionero el desgraciado, como también saben los que lo beben. Antes del sexto trago ya estábamos cuetes.

A Obrad se le soltó la lengua, me contó sobre su país, sobre la guerra, las cosas que había visto. Luego, acerca de Canadá, de cómo había conocido a Lizzy, de cómo se estaba enamorando de ella. Cuando llegó al tema de Fernando, el muerto de Zopilote, los ojos se le licuaron de rabia. No sé cuántas horas habrían pasado.

Yo ya estaba muy borracho, en el suelo.

En ese momento entró Lizzy. Venía muy pasada. Había comprado una grapa en la plaza. Comenzaron a discutir en inglés hasta que ella lo llamó maricón y poco hombre. Para demostrar su punto se volvió hacia mí, levantándose la playera de algodón, me mostró sus pezones.

—A ver si eres tan hombre, cabrón, ¿porqué no me tomas aquí mismo, enfrente de este marica?

Él se levantó abalanzándose sobre ella.

—Eres... una... puta... asquerosa...

Le dijo que desearía coserla a puñaladas y chapotear en su sangre. Le exigió que se disculpara. Ella le escupió en la cara. A cambio de eso y como Lizzy no pidiera perdón, comenzó a golpearla.

No podía verlos, me había acomodado de espaldas a ellos; se oía que era una golpiza brutal. Nadie acudió a los gritos de la chica.

En algún momento en que pudo escabullírsele a Obrad ella me sacudió con ansiedad, intentando despertarme.

—Ayúdame, ayúdame... —sentí cómo él la jaló para seguirla madreando. De güey me levanto.

La ciudad estaba llena de lobos

Como suele suceder, los primeros en inquietarse fueron los animales. Algo en el aire delataba la presencia de criaturas sedientas de dolor, de venganza.

Caballos y perros de la región se mostraron nerviosos durante todo el día a medida que los depredadores se concentraban en la ciudad, cerrando su cerco alrededor de una casita roja, que daba al zócalo, a un lado de las nieves de Chepo.

Uno a uno, los asesinos fueron llegando a ese territorio del absurdo que en los mapas está señalado por la palabra Torreón, que los locales conocen como la comarca lagunera a pesar de su absoluta ausencia lacustre y en donde se juntan tres ciudades divididas por el lecho de un río seco.

Los primeros fueron los policías, en una Windstar blindada de la procuraduría. Un equipo especial ensamblado con la élite de las catorce coordinaciones zonales de la División Antiasaltos de la región noroeste.

Seis hombres, dos mujeres, todos entrenados en la academia de policía promediando los mejores resultados en tiro y prácticas especiales. Ocho feroces perros de guerra aguardando el momento en que su líder, el capitán Tapia, diera la orden para saltar sobre el objetivo y llenarlo de plomo.

Los narcos llegaron después, surcando el cielo como aves de rapiña en un avión privado que aterrizó en una pista clandestina del rancho de San Pascual, propiedad de un primo del Señor.

De la avioneta Cessna Stationair de seis plazas descendieron el capo acompañado de su inseparable Pancho, los gemelos Treviño, el Tiroloco Augusto y el Picos López, piloto de cabecera del Señor que no le hacía el feo a echar algunos tiros con su inseparable Walther PPK de edición especial por el XL aniversario de Doctor No, la película de James Bond.

Les esperaba una camioneta Toyota Siena blindada, manejada por Alvarito, chofer y escolta del Zanahorio Zubiaga, primo hermano del Señor, dueño del rancho.

Finalmente, tras horas de manejar su picop roja, Tamés y el gordo cruzaron el puente que divide Torreón de Gómez Palacio, la tercera ciudad siamesa, camino a Lerdo, Durango. Tierra de alacranes venenosos.

Los perros aullaron toda la noche. La ciudad estaba llena de lobos. Nadie estaba a salvo.

Habría problemas

Cuando desperté, el muchacho seguía durmiendo la mona. Ella había desaparecido. Me bañé para bajar a desayunar.

Intentaba comer los chilaquiles en la cafetería del hotel cuando apareció Lizzy.

Se sentó frente a mí, taladrándome con una furiosa mirada de odio.

Tenía el rostro amoratado. Como si el desgraciado de Obrad hubiera elegido cuidadosamente dónde golpearla para que cada moretón maquillara su rostro y la convirtiera en una delicada pieza de arte dedicada al dolor.

Pidió un café, sin dejar de escudriñarme. Él se había cuidado de no golpear sus ojos. Comenzaba a pensar que de veras calculó cada madrazo.

—¿No me vas a preguntar nada? —dijo, tras encender un Camel.

—¿Cómo amaneciste? —repuse mientras prendía un Príncipe.

—Eres un pendejo.

Le pidió al mesero una pluma para escribir algo en una servilleta.

Sin decir nada, se levantó y se fue, dejando caer el papel junto a mi plato.

Cuando lo leí se me erizaron los pelos de la nuca. Supe de inmediato que habría problemas.

Decía: «¿Qué no te das cuenta de que te amo?».

TERCERA CAÍDA

Una princesita punk

Salimos a la medianoche para no ser vistos. Durante todo el camino, Obrad durmió en el asiento trasero.

Junto a mí, Lizzy se mantuvo callada la mitad del trayecto, la vista fija al frente protegida por unas gafas azules.

El *jeep* no tenía tocacintas, por lo que tuve que canturrear todo el viaje «Senderito». «Un amor que se me fue, otro amor que se murió, senderito yo voy penando...».

Una y otra vez.

La carretera se extendía frente a nosotros, interminable. A los lados se podían ver deslizarse rocas, cactus y huizaches. Un tapete mineral que llegaba hasta donde el cielo se juntaba con la tierra.

No quise ni imaginar lo que pasaría si el coche se descompusiera.

Después de varias horas ella dijo:

—¿No te sabes otra, güey?

—Completa, no. ¿Tú?

Respondió con un gruñido. Pese a ello, minutos después comenzó a cantar algo en inglés.

—Despait ol mai reich aim stil yost a rat in a queich —o algo así.

—¿Qué es eso?

—Los esmáching pomquins.

—Ah.

Siguió sin hablar otra media hora. Sólo escuchábamos el ronroneo del motor. No se parecía en nada al de mi auto anterior.

A medida que avanzábamos la noche parecía oscurecer más. Llegó un momento en el que sólo se veía la rebanada de carretera que iluminaban los faros. Todo alrededor pareció sumergirse en un mar de tinta.

Sólo entonces Lizzy se quitó los lentes y los colocó entre los asientos, junto a la palanca de velocidades. Palpó ciegamente, como buscando algo hasta que dio con mi mano.

—¿Ése eres tú?

—Sí.

La tomó entre sus dedos.

La mano de un asesino, el dedo índice calloso de haber jalado tantas veces el gatillo, la palma rasposa y los nudillos saltados por tantos golpes dados y recibidos, la garra de un lobo de pronto rodeada por los dedos largos y delicados de una princesita punk, una estudiante de artes visuales.

Quise retirarla. Sentí miedo, nunca nadie me había tomado la mano así. Nunca nadie me había tocado para otra cosa que no fuera lastimarme.

Ella no me dejó. Me asió con firme delicadeza. Comenzó a deslizarse en círculos la

yema de su pulgar sobre mi muñeca. Los demás dedos se apretaron alrededor del dorso de mi mano.

—No h-hagas eso.

Estaba atrapado.

—¿Estás loca? —murmuré volteando hacia ella.

Lizzy me prensó de las orejas y mordió mis labios para besarme. Debo agradecer que la carretera fuera recta, de otro modo nos habríamos matado.

Cuando me soltó, sólo alcancé a susurrar:

—¿No ves que puede vernos?

—No lo creo, ahora sí viene dormido.

—¿Cómo sabes?

—Obrad sí me daba miedo. Era como yo, cuando joven; alguien muy peligroso.

—¿No oyes que viene roncando?

Así era. Realmente debió venir dormido porque no hizo nada, pero no volvimos a hablar hasta que la mañana nos sorprendió pasando La Pezuña y nos bajamos todos a desayunar.

Yo no pude volver a sostenerle la mirada al muchacho; mientras desayunábamos ella me acariciaba las pelotas con su pie por debajo de la mesa.

Lo más profundo

Siempre estuve enamorado de Lola. Desde que estudiábamos la secundaria en la Dieciocho de Marzo. Con sus mejillas chapeadas, su cabello negro, los ojos grandes. Pero el Checo se me adelantó.

Por ello fue que me sentí avergonzado cuando nos abrió la puerta del negocio y me roció con una mirada acusadora. Una mirada que sólo le había permitido a la Jefa, en Monterrey.

—Má. ¿Pos ora? ¿En qué andas, Güero? —dijo mientras barría con los ojos a Obrad y Lizzy—, ¿ora cuidas gringuitos?

—Yo soy de Mazatlán, señora —masticó la palabra señora con odio.

Obrad también dijo el nombre de su país, sin que Lola lo entendiera o le importara. Nos hizo pasar, recelosa.

Ya no era la potrancona por la que tanto suspiré. La mala vida al lado del Checo, tantos años de apuestas perdidas y ganadas, tanto tiempo de depositar sus esperanzas en una navaja amarrada a la pata de un gallo le habían pasado la factura. Había engordado. Le habían salido arrugas y canas.

Aunque debajo de su cuerpo envejecido, seguía ardiendo un mujerón que el pendejo de mi compadre no había apreciado nunca.

—¿Dónde anda aquél?

—¿Pos dónde?

—¿En la cantina?

—Prefiero que se ponga cuete allá y que no se tome las botellas del negocio — tras decir esto abrió la puerta del refri para lanzarme a las manos una lata de Tecate —. Ora, mijo, échese un bistec.

A ellos no les ofreció nada. Sólo les indicó que había cuartos libres arriba. Que se instalaran.

Nos dejaron solos.

Me llevó a la sala, que hacía las veces de recepción de la casa de citas; era temprano, no había clientes. Nos sentamos para abrir las cheves. Ya había limones y sal sobre la mesa.

—¿Qué pues, Güero? —me dijo después de observarme un momento con aquella misma mirada con la que me había fulminado una vez en que el Checo no estaba en casa.

—¿Dónde anda aquél? —le pregunté aquella vez, hace tantos años.

—¿Pos dónde? —me respondió, como siempre.

—¿En la cantina?

Parecía que siempre decíamos lo mismo. Le pregunté que cómo estaba mientras me sentaba en su comedor.

—¿Me preguntas por amabilidad... o porque te gusto?

No supe qué decir.

—Perdóname. Haz de cuenta que no dije nada —quiso corregir, bajando la mirada.

—Pregunté... porque me encantas.

Diez minutos después estábamos desnudos en su cama, aprovechando que los niños, el Chequito y mi ahijada, estaban en la escuela.

Mientras la besaba, hinchado como nunca, hundiendo mis dedos sobre la suave carne de sus senos, de sus caderas, me vino una palabra a la mente.

Traición.

No pude hacerlo. No pude penetrarla. Todos mis deseos se diluyeron de inmediato.

—¿Qué pues? —preguntó ansiosa, lubricada.

—Perdóname, comadre. Será un hijo de la chingada, pero no le puedo hacer eso al Checo.

He vivido arrepentido desde entonces.

Ésta vez me miraba con los mismos ojos, transpirando la misma malicia. Pero había entendido la situación con ese sexto sentido que sólo tienen las mujeres:

—¿Qué? ¿Te andas tirando a la morrita?

—No. Aún no.

—¿Porque sería una traición? Pinche vieja.

—No. Porque no me gustan las niñas flacas, sino las señoras entradas en carnes.

Quiso lanzarse hacia mi boca para besarme. Deseó arrancarme la ropa, antes de abrir sus piernas y recibirme en lo más profundo.

Lo hubiera hecho de no haber llegado en ese momento el Checo, ahogado de borracho y acompañado por Tamés y el gordo.

Tamés y el gordo (5)

El mejor lugar para enterarse de lo que sucede en los sótanos de una ciudad son las cantinas.

Entre más sórdido sea el lugar, más fidedigna será la información.

Ellos lo sabían, por ello tomaban cerveza (Tamés) y Seven-Up (el gordo) en la barra del Gota de Uva, sobre la calle Múzquiz, en el barrio de la Alianza.

La concurrencia estaba compuesta por cholos que presumían sus tatuajes y perforaciones, narquillos que narraban hazañas balísticas y trailers contando historias del camino.

Al fondo, una rockola que semejava más un auto de Elvis Presley vomitaba los aullidos de la Arrolladora Banda Limón mezclados con Celso Pina, los Tucanes de Tijuana, la Banda El Recodo, El Barón de Apodaca, Los Cadetes de Linares, Los Tigres del Norte y ocasionalmente Akwid y El Cártel de Santa, para regocijo de la choliza. En cada esquina había monitores de televisión sintonizados en diferentes canales.

Nadie parecía interesarse en los dos chilangos de la barra.

—Rancho de mierda —musitó Tamés.

—¿Crees que la rockola tenga discos de Ashley Simpson?

Tamés estaba a punto de abofetear al gordo, decirle que era un idiota clínico y que estaba harto de soportarlo, cuando apareció en la barra un grandote bigotón que rogaba un trago al cantinero.

—Andale, móndrigo Agrian, sírveme otra cheve. Nomás por los viejos tiempos, por todo lo que vivimos el Güero, tú y yo...

Tamés aguzó el oído.

—Desgraciao Checo, si ustedes nomás me pegaban por ser studiosito. Además ese malandro ya debe de estar bien muerto. En la Biblia dice que el que a hierro mata, a hierro muere...

—Por eso, no seas ingrato, Agrian, y sírveme unita, no te vayas a morir de sed en las dunas de Bilbao.

—Que no, Checo, no estés enfadando. Ya vete o le llamo a la Lola y le digo que venga por ti.

—No seas así, Agrian, unita. Además, Lola está esperando en el negocio a mi compagre, que viene a esconderse unos días en lo que se le enfría un muertito en la frontera.

—¿El Güero? Adió.

—Sírvale otra cerveza al caballero —intervino Tamés—, yo pago.

Desconfiado, el cantinero puso una Carta Blanca frente a los ojos sedientos del Checo, que la tomó ansioso para vaciar la mitad de un golpe.

—Está dura la calorita, ¿verdá?

—Está dura —Tamés se acomodó junto a Checo mientras el gordo se concentraba

en un juego de la NBA en uno de los televisores—. Dijo usted conocer a un tal Güero. ¿No será el Güero Ramírez?

—Ramírez Montelongo. El mismo cabrón.

—¿Alberto, el Güero, Ramírez Montelongo?

—El Beto. El Güero. Mi compagre del alma. Si nos conocemos desde morritos, amista.

—Servicio para el señor. Otra ronda —ordenó Tamés a un receloso Adrián. Como buen cantinero, tenía un olfato especial para el peligro, pero más allá de intentar decirle con los ojos al Checo que esos sujetos no eran de fiar, no hizo nada.

—Fíjese que ando buscando al Güero. No, no me mire así, no soy tira. Lo ando buscando porque tengo un trabajito. Ya sabe, de ésos que su compadre sabe hacer como los grandes.

—Eso que ni qué —las sospechas de Checo se habían disuelto—, no hay dos como ese pelao.

—Sólo que no lo encuentro por ningún lado —Tamés se esforzó para poner su mejor cara de apuro.

—¿Pos de qué se trata?

—Ya sabe, de mandar a un malandro a Morelia. Uno que se pasó de lanza. ¿Usted cree que me pueda ayudar a encontrarlo? A lo mejor hasta hay una comisión para usted.

Debajo del embotamiento del alcohol se alcanzó a distinguir un brillo en los ojos del Checo. Igual que su compadre, era un sujeto grandote y bronco, «sólo que de otra categoría», había razonado Tamés. Borracho debería ser fácil de manejar.

Para tratar de ganarse la confianza de Checo, Tamés intentó una ruta oblicua.

—Me pareció escuchar que su compadre iba a quedarse en su casa.

—Ya debe estar ahí, el desgraciado.

—¿Usted cree que sea el hombre indicado para mi trabajito?

Checo suspiró. Dio un largo trago a su cerveza antes de decir:

—¿El Güero? Nombre, amista, ese móndrigo es una chucha cuerera bien mascada...

Y comenzó a contar una historia de la infancia de su amigo.

Tamés estaba encantado.

Un taco de venganza

—Ésa debe ser. Corresponde con las indicaciones —dijo el Señor a sus matones—. ¿No hay otra casa roja que dé al zócalo, Alvarito?

—Ninguna junto a las nieves de Chepo, patrón.

Una casa como cualquier otra. Sin nada que la distinguiera más que un *jeep* destartado y una picop roja en la entrada.

El Señor suspiró. Luego dijo:

—Los franceses o los chinos, sepa el diablo quiénes, dicen que la venganza es un plato que se come frío. Ustedes saben que Chimino es como un hermano para mí. La muerte de su hijo es como la muerte de un hijo mío.

La voz se le quebró.

—Si el Chino no nos mintió, adentro de esa casa está el malnacido que traicionó al Picochulito. Estoy seguro de que si su padre no estuviera conectado a un respirador artificial en Falfurrias, estaría aquí, con nosotros, para comerse calentito un taco de venganza.

El Señor quiso decir algo glorioso, memorable, para indicar la avanzada hacia la casa roja; sólo alcanzó a ordenar un «vamos a partirles su madre». Todos obedecieron.

Una bola de rancheros jariosos

—¿Quiénes son éstos? —Ladró Mijangos desde la camioneta Windstar donde se apretujaba junto a sus siete compañeros policías.

Era una pelirroja grandota de Cadereyta, más de uno ochenta, cien kilos, experta en tiro y operaciones especiales. Respetada por sus compañeros desde la ocasión en que le fracturó cuatro costillas a la Bestia McGregor por pellizcarle una nalga.

—Han de ser clientes del putero —aventuró Zetina, la otra mujer, quien había hecho correr el rumor de que Mijangos era lesbiana luego de que no quisiera acostarse con ella.

—Tienen cara de narcos —terció el agente Rubalcava.

—No mame —interrumpió Tapia, harto de esa lata de sardinas—, han de ser una bola de rancheros jariosos. Vamos a darles tiempo de que escoja cada uno a su putita y luego entramos. Cinco minutos y avanzamos.

Obedecieron resignados, asándose bajo su equipo antibalas dentro de ese horno motorizado.

Pasado el tiempo, bajaron de la camioneta y avanzaron hacia la casa roja.

Aquí no ha pasado nada

—Güerito, dichosos los ojos —saludó Tamés mientras se sentaba en la sala sin que lo hubieran invitado a hacerlo. El gordo se situó a un lado del sillón del Güero, a espaldas de la escalera.

Checo quiso decir «Aquí los señores te buscan para un jale», pero en lugar de ello balbuceó una secuencia incoherente de monosílabos antes de caer de bruces en el suelo.

—¿Qué quieres, Tamés? —Sabía que no era una buena situación.

Tamés sacó una cajetilla de Marlboro. Encendió un cigarrillo con un zippo desgastado. Aspiró profundamente antes de hablar:

—Te andan buscando por ahí. Parece que dejaste una chambita pendiente allá por la frontera. En Ciudad Portillo.

—¿Ciudad Portillo? —Se metió Lola, tratando de ganar tiempo—, ¿no que andabas por Zopilote?

—Son doscientos kilómetros de distancia, señora. Ahora, le voy a pedir que se calle, su compadre y yo tenemos asuntos que atender —volvió al Güero—, además te pelaste con una lana. Mala idea.

Por el rabillo del ojo, el Güero vio al gordo sacar de su mochila una escopeta Mossberg recortada.

—¿Pensaste que no te íbamos a encontrar? —Tamés desenfundó de una sobaquera una escuadra Browning 38 para cortar cartucho—. Por cierto, debo darte las gracias por fallarle al Señor, nos vas a dejar libre el mercado.

El Güero escuchó a Lola gritar, su alarido opacado por un disparo que vino de su costado.

«Fregao Güero, ora sí se te acabó el veinte por andar confiando en el pendejo del Checo, siquiera me hubieran dado chance de despedirme de la Jefa en Monterrey, de que nos fuéramos lejos de la ciudad y me mataran camino a la zona del silencio para no mancharle la alfombra a la Lola, de paso refinarme un último lonche de don Jaime, total, qué les costaba, pero qué van a saber estos cabrones de últimas voluntades. Bueno, qué sabía yo de últimas voluntades. Sólo espero que dejen tranquilos a Obrad y Lizzy y que piensen rápido para que se puedan escabullir con su feria antes de que llegue la policía. Pinche Lizzy, ya me estaba gustando la morrilla», pensó el Güero en un segundo antes de darse cuenta de que nadie le había disparado a él.

Fue el cuerpo del gordo cayendo al suelo, con la tapa de los sesos volada, lo que lo sacó de sus cavilaciones. Por unos instantes todos se quedaron atornillados al piso, sin saber qué había pasado, hasta que vieron a Lizzy en las escaleras, con su Heckler and Koch nuevita aún humeando.

El primero en reaccionar fue Tamés, que se arrojó sobre la chica, ciego de furia.

—Perramalditahijadelachingadatuputamadreentrañaspodridas...

No le disparó. Quería lastimarla. Que sufriera.

El Güero desenfundó su Colt. Iba a llenar de plomo a Tamés, pero volteó hacia Lola:

—Corra, hija, sálvese.

Ella ya lo había hecho.

Ni Tamés, que golpeaba a Lizzy, ni el Güero, que cortaba cartucho, escucharon a los narcos entrar.

—¡Lizbeth! —gritó el Señor.

—¡Papá! —contestó ella, debajo de los puños de Tamés.

—¿Qué le haces a hija, hijo de la fregada?! —El Señor se fue sobre Tamés, sin hacer caso de la masa encefálica del gordo que alfombraba la sala.

Ricardo Tamés, exmadrina, expolicía judicial, extorturador de la procuraduría comprendió el grave error de querer vengar la muerte de su compañero incondicional a golpes cuando vio venir hacia él la mole furibunda de su empleador, segundos antes de convertirse en expersona.

—¡Policía! —gritó el capitán Tapia cuando sus hombres entraron por la puerta y ventanas de la casita.

Se encontraron con un borracho tumbado en el piso, el cadáver de un hombre gigantesco tirado en el suelo, cinco narcos armados hasta los dientes, un matón que no decidía a quién apuntarle su arma, una mujer joven golpeada y uno de los diez capos más peligrosos del país, que se suponía que estaba encarcelado, estrangulando a un sujeto que sólo alcanzó a manotear antes de morir.

—Fregao Güero, ¿qué haces aquí, cabrón?

—¡Quietos, quietos todos y nadie se muere!

—¿Usted me mandó matar, patrón?

—¿No estabas en Canadá, hija?

—¡Quietos, dije!

—Usté no sabe quién soy yo, cuico de crucero.

—¿Disparamos, jefe?

—Claro que lo sé, usted debería estar refundido en el bote.

—¿Dónde está el gringo, el que traicionó al Picochulito?

—No es gringo, papá, es de Latveria.

—Yo le iba a depositar, patrón, pero me secuestraron su hija y su novio cuando asaltaron el banco.

—¡¡¿Tu novio?!!

—¡Que se callen todos! ¡Nosotros buscamos a los asaltantes, ustedes se pueden ir!

—A mí nadie me da órdenes, tamarindo de mierda. ¿Cómo que tu novio?

—Brincos diera el güey.

—Ya te he dicho que no hables así, hija.

—¿Dónde está el gringo?

—Que no es gringo, pendejo.

—Lizbeth...

—Ay, papá.

—¿No he sido su mejor matón todos estos años?

—Usted dé la orden, capi, y los arrestamos a todos.

—Cállese, Mijangos, éstos son peces gordos, de güey los arresto.

Catorce armas apuntando al centro. Hombres y mujeres formando un frágil círculo que en cualquier momento podría explotar.

—Obviamente, esto es un error —dijo Tapia.

—Así es, capitán —acordó el Señor—, vamos a hacer de cuenta que aquí no ha pasado nada. Estos hombres, el Güero y el gringo...

—Latveriano, papá.

—... y la morra son míos. Ustedes pueden irse.

No bajaron las armas. Los narcos tampoco.

—¿Y éste que está tirado, roncando?

—Es el dueño de la casa. No tiene nada que ver con todo esto —intervino el Güero.

—Creo que podemos llegar a un acuerdo, caballeros —dijo el Señor, conciliando—, yo me llevo a mi gente, ustedes se van por su lado; pueden decir que siguieron una pista falsa y todos contentos, ¿qué no?

Estaban a punto de hacerlo cuando un berrido feroz descendió por el cubo de la escalera.

—¡No me van a atrapar vivo, hijos de puuuuta! —aulló Obrad, corriendo hacia la puerta con la mochila del botín a la espalda mientras disparaba su Glock hacia todos lados.

La primera en contestar la agresión fue Mijangos. Cayó una lluvia de fuego.

Lo último que alcanzó a ver el Güero fue el destello de las armas antes de que una bala lo alcanzara por un costado.

Crispó la mano alrededor de su Colt mientras caía desvanecido, en medio de una bruma picante con olor a pólvora.

De la columna «Vida pública», del periódico Reforma (2)

Vivimos en un país en guerra, amigo lector, y nadie nos ha dicho nada.

La balacera en un prostíbulo del centro de Ciudad Lerdo, Durango, ha destapado una coladera de la que nadie en los altos círculos del poder hubiera deseado que se supiera nada.

A través de las imágenes de la televisión, hemos acudido al baño de sangre que dejó como saldo siete policías muertos, al director de la División Antiasaltos para la región noroeste de la Procuraduría en coma, cuatro sicarios del narco muertos, dos conocidos matones asesinados y el cadáver de un joven presuntamente norteamericano rociado de plomo.

La nota chusca, el detalle folclórico lo dio el dueño del congal, un tal Sergio Velas, quien estuvo presente en el tiroteo, en el suelo, ebrio. Cuando lo despertó la policía, crudo, no recordaba nada.

La guarapeta le salvó la vida. Bendito alcohol.

Volviendo a la masacre, la procuraduría intentó correr una cortina de humo sobre los muertos, diciendo que se trataba de un pleito de borrachos.

¿Qué hacían entonces ocho agentes de las fuerzas de élite de la procuraduría, con su director regional al frente en el lugar de los hechos? ¿Y los gemelos Raúl y Jorge Treviño, Leonardo Augusto conocido como Tiroloco y el piloto aviador Enrique López, todos ellos en la nómina de la familia Zubiaga?

Por si esta lista no fuera para irse de espaldas, falta la cereza del pastel: apareció muerto de siete tiros de distintos calibres Elíseo Zubiaga, cabeza del cártel de Constanza, alias el Señor, llamado así por propios y extraños, uno de los diez hombres más buscados por el FBI y quien se suponía que purgaba una condena por tráfico de armas en el penal de Topochico.

Como se ve, no fue una riña cualquiera.

(Entre paréntesis, se dice en los pasillos del poder, se susurra en las sobremesas y se murmura en las ruedas de prensa que este hecho se relaciona directamente con el reciente deceso, en un asalto bancario del que dimos cuenta en esta columna, de Fernando Figueroa alias El Picochulito, ahijado del Señor e hijo de Chimino Figueroa El Picochulo, cuyo paradero se ignora a la fecha.

La prueba de lo anterior es la versión, no confirmada, de que el norteamericano muerto es el mismo que coprotagonizó el asalto en Zopilote junto al Picochulito. Por supuesto, la procuraduría guarda silencio, alegando que el rostro del gringo, destrozado por las balas, dificulta la identificación).

Como un terremoto con su epicentro localizado en la comarca lagunera, el hecho ha generado consecuencias desastrosas que ya alcanzan la capital de la República; el escándalo ha provocado ya la renuncia del procurador Vargas Martínez y su equipo

sin que al cierre de esta edición se haya designado un sustituto.

Con él, han rodado las cabezas del director nacional de la División Antiasaltos, el jefe de la Policía Banearía, el director del penal de Topochico, el director antinarcóticos y hasta los gobernadores de Coahuila y Sinaloa, todos ellos presuntamente vinculados con el narco.

La descomposición social de este país ya apesta, amigo lector. Puedo asegurarle que este asunto no termina aquí, pues quedan muchas preguntas sin resolver. Lo único que puedo adelantarle, echando mano de la bola de cristal de esta columna, es que se viene una guerra sin cuartel por el liderazgo del cártel de Constanza, que hasta hace unos días dirigía Elíseo Zubiaga, el Señor.

Recordemos que el narco es como la hidra, monstruo mitológico al que tras cortarle una cabeza le surgen otras siete. Pero no hay nada más peligroso que un cártel acéfalo.

Sentémonos, pues, a ver el desfile de cortejos fúnebres que habrá de pasar por la prensa en los próximos días.

No me quieren ni en el infierno

En el sueño me veía caer al fondo de las aguas de un pozo oscuro. Era imposible ver bien, pero podía sentir al fondo el bulto de cuerpos muertos y algunas cosas peores.

Me ahogaba al intentar alcanzar la superficie, que estaba más lejos de lo que había pensado.

Fue cuando desperté. Todo daba vueltas alrededor de mí. Cuando el mundo se quedó quieto, vi que estaba en un sanatorio.

Un poco después reconocí el lugar, un hospital militar al sur de Coahuila. Había estado ahí un par de veces con el general Díaz Barriga.

Era el único ocupante del pabellón. Una enfermera malencarada me cambiaba el suero cada seis horas. Al segundo día me llevó una bazofia servida en charola. Gastronomía militar.

La mujer no contestaba mis preguntas, se comunicaba a través de gruñidos, aunque pude entender que llevaba dos meses hospitalizado.

Tres días después apareció un oficial con cara de piel roja. Avanzó hasta mi cama como si le diera asco verme.

—¿Es usted Alberto Ramírez Montelongo?

—Por el momento.

—Soy el capitán Anatolio Pérez. La libró usted de milagro. ¿Usted cree en dios?

—A veces.

—Yo no, pero sigo sin explicarme qué pasó con usted. Una bala le perforó parte del pulmón. Si hubiera llegado al quirófano dos minutos después, ya lo habiéramos cafeteado.

Lo observé, inexpresivo.

—Estuvo usted dos minutos muerto. No sé qué lo salvó.

—A lo mejor no me quieren ni en el infierno.

—A lo mejor.

Sacó una cajetilla de Delicados con filtro, encendió uno para lanzarme el humo a la cara.

Al respirarlo, me ardió como fuego. Sentí que se me saldría el estómago por el ataque de tos.

Cuando terminaron los espasmos, volvió a hablar:

—Como ve, su capacidad pulmonar quedó muy reducida. Dé gracias a su entrenamiento militar, gracias a él pudo sobrevivir sin el trozo de pulmón que le arrancamos. Desde ahora, no más agitaciones, no más sofocos ni cigarro. O caerá muerto con un infarto respiratorio.

Me observó con sorna, midiendo el efecto de la noticia.

—Tiene usted amigos poderosos. Por lo menos uno, en el más allá. Si lo trajimos aquí fue por el número de serie grabado en su pistola. Un arma preciosa, por cierto.

Recordé lo que dijo el general al regalármela. Lo del registro en la Defensa y la

inmunidad legal al portador. No sabía que incluía seguro médico.

—Creo que le debe una al general. Ya se la pagará cuando se lo encuentre en el otro lado. Yo, por lo pronto, le voy cobrando un adelanto.

—¿Qué quiere decir?

—Me quedo con su arma. No podemos permitir que esos números especiales anden por ahí. Un vicio de tiempos de Echeverría. La suya es la última, no quedan más.

Por primera vez, sonrió.

—Todo parece indicar que ya se puede ir. Lo daremos de alta en un par de días, después no quiero volver a saber nada de usted, o le vacío el cargador de su Government.

Todo el tiempo es tiempo de alacranes

La última cortesía del ejército mexicano consistió en dejarme donde yo quisiera. Pedí Mazatlán. Si había llegado tan lejos, quería morirme junto al mar. Estaba arruinado.

Usé mis últimos cincuenta pesos en llamar a la Jefa, en Monterrey, para decirle que estaba bien.

Casi se me bota la lágrima cuando me contestó una voz extraña, diciéndome que ese número era de un Oxxo nuevo, que jamás había escuchado de la señora por la que preguntaba.

Hice una última llamada a Checo y Lola. Me contestó mi ahijada. Ya era toda una señorita.

Me dijo que sus papas estaban bien, que habían salido bien librados del asunto de la balacera, luego habían vendido el negocio y vuelto a los gallos. El Checo andaba con Chequito en Zacatecas, en una feria. Cuando le pedí que me pasara a su mamá, Lola no quiso tomarme la llamada. Lo entendí y colgué.

Leí en los periódicos que el capitán Tapia sobrevivió también. Que seguía en coma. Pobre diablo, yo que él, nunca despertaría.

Salí muy maltrecho de la balacera. Perdí como veinte kilos. Casi no puedo hacer esfuerzo y se me acabó de caer el cabello.

Poco le queda a un viejo que sólo sabe hacer una cosa. Es aún peor cuando esa única cosa es despachar cristianos.

Mazatlán estaba ardiendo. De haber podido, me hubiera largado. Pero no había nadie esperándome en ningún lado. Ni siquiera mis muertos.

Tras la muerte del Señor y ante la ausencia del Picochulo, todos los narquillos que venían debajo de ellos habían iniciado una guerra descarnada por liderar el cártel de Constanza. Me tocó ver varias balaceras sobre la costera y hasta un ajuste de cuentas en la fila para entrar al Señor Frog's.

Todas esas veces me llevé automáticamente la mano a la sobaquera, sólo para encontrar ahí las pinzas de electricista con las que rellené el hueco de mi Colt. Su peso me consolaba. Su ausencia, no.

Se oían historias en la calle. Que si un sobrino del Picochulo había matado a un sicario del cártel de Mocerito, que si el nuevo procurador era ahijado del Paisano, que si los narcos habían contratado varios háckers para robar información de las computadoras de la policía, que si era una mujer la que iba ganando la guerra de los cárteles...

Yo las oía con nostalgia.

Lo que me salvó fue saber tallar figuras de madera, lo había aprendido en el taller de carpintería del ejército.

Comencé a hacer artesanías para venderlas en el malecón. Delfines, tiburones, pendejadas de ésas que les gustan a los gringos.

Una tarde de domingo mis artesanías atrajeron a una pareja. Ella era mexicana, él

debía ser francés.

Al hombre le llamó la atención un alacrán que recién había tallado.

—Pego cómo, ¿ésta es guegión de alacranes? Si no he visto ni uno —dijo el baboso.

—Es que no ha de ser temporada —respondió la chica, con inconfundible acento de Los Mochis; luego me preguntó—. No es tiempo de alacranes, ¿verdad, señor?

Suspiré. Iba a contestarle cuando me arrancó la respuesta una voz femenina que no escuchaba desde el día de la balacera en Lerdo.

—Todo el tiempo es tiempo de alacranes —dijo Lizzy.

Ahí estaba, a mi lado; me observaba divertida. Sonreía.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó. Ahora su cabello era morado.

—Seiscientos —dije. El resto del universo se había disuelto para mí.

Me entregó una mochila roja Jansport, muy pesada, que yo conocía bien.

—Quédese con el cambio —dijo.

Al entregarle la figura, rocé suavemente el dorso de su mano con las yemas de mis dedos.

Nuestras miradas se engancharon dos segundos en un breve adiós que me resultó demasiado largo.

Sin decir más, dio media vuelta para caminar a su auto, un Impala 70, negro, con llamas pintadas en los costados. Un solícito Pancho le abrió la puerta antes de subirse a una picop amarilla llena de malandros que iban detrás. El hombre había perdido un ojo.

La nueva reina del cártel de Constanza arrancó para marcharse por la costera, escoltada por ocho guaruras y un coro de leones que no paró de rugir hasta que se perdieron en la lejanía.

Nota final

Debo agradecer a todas las personas que en un momento u otro me contaron alguna de las historias que metí en este cajón. En estricto desorden, este libro debe un buen porcentaje de su contenido, entre muchos otros, a José Antonio López, Oswalth Basurto, Ricardo Tamés (el auténtico), las hermanas Brigada (Virginia y Martha) y muy especialmente a Bernardo Fernández padre, mi lector favorito, quien no sólo me contó acerca de aquel tío abuelo que cruzó sólo la frontera a los ocho años, sino que además fue mi asesor técnico sobre autos y armas, temas que me gustan más de lo que domino.

Finalmente, mi agradecimiento a Alfredo Fernández, Cynthia Remolina, Joserramón Ortiz, Miguel Noé, Ana Cinthya Uribe y de nuevo a Bernardo Fernández (el ingeniero) por haber sido los primeros lectores de esta novela. Sus comentarios fueron invaluable para limarle las rebabas y evitar que se le vieran las costuras.



BERNARDO FERNÁNDEZ. Escritor, dibujante de comics y diseñador gráfico más conocido como *Bef*, nació en Ciudad de México en 1972.

Estudió la preparatoria en el Centro Universitario México y se graduó como diseñador gráfico en la Universidad Iberoamericana. Proveniente de una familia de ingenieros, maestras y periodistas, deseaba ser bajista de una banda punk pero terminó como diseñador gráfico y escritor.

Está incluido en varias antologías entre las que destaca *Nuevas voces de la narrativa mexicana*. Ha publicado los libros infantiles: *Error de programación*, *Cuento de hadas para conejos*, y los volúmenes de cuentos de ciencia ficción *¡¡Bzzzzzt!! Ciudad Interfase* y *El llanto de los niños muertos*. En 2004 editó la antología de historieta fantástica *Pulpo Cómics*. Con *Tiempo de alacranes* obtuvo el premio Nacional de Novela «Una vuelta de tuerca» 2005, y el «Memorial Silverio Cañada» 2006 de la Semana Negra de Gijón.

Ganador también del Premio Ignotus de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (2007, por *Gel azul*), finalista del Premio U. P. C. (2004, por *El estruendo del silencio*) y Primer Premio de Novela Grijalbo (2011, por *Hielo Negro*). Parte de su obra narrativa se ha traducido al inglés, francés, alemán, holandés y chino.

Actualmente *Bef* reparte su tiempo entre la narrativa, la gráfica, la vida académica y el taekwondo. Vive en la ciudad de México con su esposa Rebeca y su hija María.